Samuel Vila

LA FE DEL CRISTIANISMO EVANGÉLICO

*

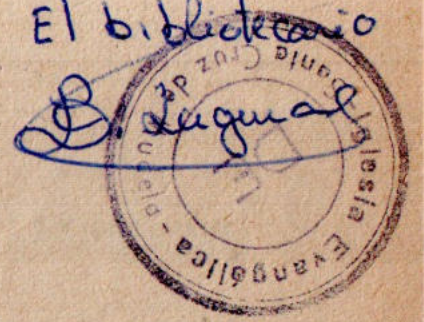
JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

BUENOS AIRES

45:

Este libro es propiedad
de la B. P.

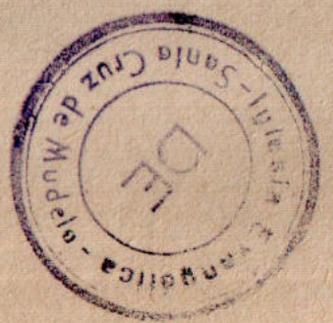
El bibliotecario



LA FE DEL CRISTIANISMO EVANGELICO

SAMUEL VILA

LA FE DEL CRISTIANISMO EVANGELICO



JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
General Urquiza, 186
BUENOS AIRES

PROLOGO

Muchos católicos consideran al Protestantismo como una simple negación de los dogmas papales, como una reacción crítica de la ponderada y fría mentalidad norteña contra el misticismo católico, más propio de los ardientes pueblos latinos.

Para quienes han recibido su cultura religiosa de plumas puestas al servicio de Roma, el Cristianismo Evangélico consiste en un conjunto de sectas antagónicas en número creciente (más de quinientas según algunos escritores católicos), las cuales profesan las más diversas y extrañas doctrinas según el capricho e interpretación privada de infinidad de maestros, cada uno de los cuales anatemiza y condena a las penas eternas del infierno a todos aquellos que no profesan al pie de la letra las mismas ideas que los contados millares de fieles de su secta. Tan terrible desorden, dicen, resulta de haber negado la autoridad del Jefe Infalible de la Iglesia para substituirla por el libre examen.

Creen otros, porque así maliciosamente se lo han enseñado, que el Protestantismo, basado en el pretendido y peor interpretado aforismo de Lutero: "Cree mucho y peca mucho", es una escuela de perversión.

Es grande la sorpresa de tales católicos cuando, al

viajar por el extranjero, se dan cuenta de que las llamadas "sectas" por los escritores romanistas, sólo son organizaciones religiosas o misioneras de fe casi idéntica, cuya diferencia consiste en pormenores de liturgia que, si tiene su importancia, por tratarse de asunto tan sublime como es la religión, en nada afecta el cuerpo de doctrina cristiana que unánimemente profesan.

No es menor la sorpresa de aquellos católicos que en su propia patria llegan a ponerse en contacto con alguna familia o iglesia evangélica al observar que los odiados "protestantes" son cristianos piadosos y de conciencia extremadamente delicada, que creen no solamente en Dios, sino en Jesucristo como Hijo de Dios y Redentor del mundo; que guardan la memoria de los santos como ejemplos dignos de imitación, no de adoración; que confiesan con toda la iglesia el nacimiento sobrenatural de Jesús de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo. Acerca de este último punto reina una confusión absoluta entre la casi totalidad de los católicos. Creen que negar la virginidad de la bendita madre del Redentor es punto básico de las iglesias evangélicas, pues confunden la no aceptación del dogma de la Inmaculada Concepción de María (que repugnaba nada menos que a Santo Tomás de Aquino, y que no fué dogma de la Iglesia Católica hasta fecha tan reciente como la de 1870), con una imaginaria negación del nacimiento virginal del Señor, realidad esta última claramente afirmada en el Evangelio.

Hoy día existen ya muchos clérigos que, reconociendo lo equivocado y contraproducente de aquella antigua actitud de horror que se trató de inspirar a los católicos contra el Protestantismo, como salvaguarda de su ortodoxia, no se recatan en llamar a los cristianos evangélicos "primos hermanos en la fe", asegurando que también pueden salvarse los protestantes sinceros, aun cuando sean conceptuados como frutos bastardos de lo que ellos llaman: rama desgajada del Catolicismo.

Comprendemos esta justa rectificación después de tanta calumnia acumulada contra los principios de nuestra fe cristiana, y de los instrumentos que Dios tuvo a bien utilizar para promover el despertamiento espiritual de Europa. Aun cuando tal rectificación haya llegado tarde, no por eso dejamos de congratularnos de semejante reconocimiento. El heroico testimonio dado durante más de medio siglo por millares de evangélicos, que en España y en las naciones iberoamericanas tuvieron el valor de vivir y morir como los mejores cristianos de su respectivo país, naturalmente ha producido sus frutos. Sin embargo, no podemos decir que el Cristianismo Evangélico sea bien conocido y apreciado, ni por los católicos ni tampoco por los escépticos. Todavía la predicación del puro Evangelio de Cristo, viene a ser, como fué en los días de San Pablo: "para los judíos (religiosos tradicionales de la autoridad eclesiástica) tropezadero; y para los gentiles (emancipados del tradicionalismo religioso, como lo fueron los filósofos del viejo paganismo) locura; mas para los llamados de Dios, tanto judíos como griegos, Cristo es (y continúa siéndolo para millones de seres humanos) sabiduría de Dios y potencia de Dios... para dar salvación a todo aquél que cree" (1.° Corintios : 23-24, y Romanos 1: 6).

Si el Cristianismo Evangélico no inspira ya el horror que inspiraba a nuestros bisabuelos, continúa siendo mirado con cierta conmiseración por parte de las clases elevadas de nuestra sociedad. En opinión de los "grandes" y de los "nobles" de los países hispanoamericanos, nuestra fe es una planta exótica de procedencia anglosajona que arraiga con mucha dificultad en el solar hispano. Por esto, no dejan muchas veces de admirar el tesón y la fidelidad con que algunos conciudadanos vienen profesándola contra viento y marea. Incluso llegan a reconocer que se trata de una modalidad más pura y más razonable del Cristianismo, pero no quieren exponerse al oprobio de aceptarla ellos mismos, a menos que llegara a ser la religión común y respetada de un sector importante de la sociedad.

¡Como si la Verdad pudiera ser exótica en algún país del mundo!

¡Como si un asunto relacionado con el porvenir eterno de nuestras almas pudiera estar a merced de la moda o del favor público! A buena altura científica se hallaría nuestra patria si en ella se trataran los descubrimientos de la ciencia con la misma ligereza con que se tratan los problemas de la religión. ¿Consideraría alguien sensato privarse de las ventajas del automóvil o de la radio porque no son instrumentos tradicionales ni oriundos de nuestra nación? ¿No sería un desatino rechazar por la misma razón, cualquier adelanto de la Medicina que conviniera a su salud? Precisamente lo nuevo, lo moderno, cuyos resultados han sido confirmados en otros países, es lo que nuestros facultativos prescriben con preferencia.

En otro tiempo, el mismo Cristianismo fué extranjero y exótico en España. Vino de afuera, traído según algunos por S. Pablo, por Santiago dicen otros, o por algunos fieles cristianos del primer siglo, procedentes de Palestina o de los países ya evangelizados que baña el Mediterráneo.

Y aquel Cristianismo era tan semejante al verdadero Cristianismo Evangélico como puede serlo una misma religión separada por dos milenios; mientras que, entre el Cristianismo apostólico y el de la Iglesia de Roma hay diferencias tan notables, tan enormes, tanto de dogma como de culto, que el mismo Jefe Supremo de la Iglesia Romana tenía que reconocerlo y trataba de justificarlo en su sermón de Navidad del año 1941.

No, el Cristianismo Evangélico no es la fe de los ingleses, de los suizos o de los norteamericanos, sino la doctrina que se propagó al introducirse el Evangelio en España, la que mantuvo firme la entereza de sus mártires, y, en algunos aspectos, la que se conservó incólume en nuestra patria durante los diez primeros siglos de Era Cristiana, antes de que se concretaran en dogma los extravíos que venían incubándose y contra los cuales no faltaban voces discrepantes como lo demuestran los famosos versos del Arcipreste de Hita (1) y tantos otros documentos que nos ha legado aquel viejo cristianismo español cuya autonomía eclesiástica se puso tan de manifiesto en los famosos Concilios de Toledo (2).

Los cristianos evangélicos extranjeros sólo pretenden ayudarnos a redescubrir las esencias del verdadero Cristianismo dentro de las ruinas de nuestra propia tradición religiosa, brindándonos su experiencia espiritual de varios siglos, como nos han brindado tantos de sus descubrimientos científicos. Por ser un don superior del Cielo, la fe cristiana, la fe sincera no puede prestarse como si fuera una patente industrial, pero puede ser hallada cual la perla de gran precio del Evangelio. ¿Dónde? Según y cómo fué pérdida.

Algunos pueden hallar una especie de preparación para

---

(1)

Si tovieres dinero, habrás consolación
Placer e alegría, del Papa ración
Comprarás paraíso, ganarás salvación
Do son muchos dineros es mucha salvación.

Yo vi en corte de Roma, do es la Santidat,
Que todos al dinero fasen gran homilitat,
Gran honra le fascian con gran solinidat,
Todos a él se homillan como a la majestat.

Fasie muchos Priores, Obispos et Abades,
Arzobispos, Doctores, Patriarcas, Potestades,
A muchos clérigos nescios dabales dignidades,
Fasie de verdat mentiras et de mentiras verdades.
Fasia muchos clérigos e muchos ordenados;
Muchos monjes e monjas, religiosos sagrados
El dinero los daba por bien examinados,
A los pobres decían que no eran letrados.

(Colección de poesías cast. anteriores al siglo XV recogidas por D. Tomás Sánchez. Madrid, 1730, tomo IV, pág. 76.)
(En el rimado de Palacio de López de Ayala se encuentran pasajes parecidos.)

(2) Un ejemplo de ello es el cánon 33 del famoso Concilio de Toledo, que se celebró en el año 305, el cual condena la tendencia al celibato eclesiástico que empezaba a manifestarse en aquel tiempo, en muchos lugares. Dicho cánon declara: «El obispo o presbítero no deseche en manera alguna a su mujer propia so pretexto de religión. Si la rechazare sea excomulgado, y si perseverare en ello sea expulsado. (Labb et Coss concl., t. X, col. 345. París, 1671.)

ella en las manifiestas pruebas de la existencia de Dios que nos ofrece el gran libro de la Naturaleza. Otros, en las evidencias históricas del Cristianismo Primitivo. Quienes han perdido la fe en las enseñanzas contradictorias de la autoridad eclesiástica hallarán firmeza e inmutabilidad en las Sagradas Escrituras, que tan hondas raíces han echado en el alma española y tan estimadas han sido sido siempre por nuestro pueblo. No en vano fueron el castellano y el romance catalán las primersa lenguas europeas, después del latín, en que fué traducida la Biblia.

Hoy la patria de tantos místicos y santos, lo mismo que sus hijas de allende el Océano que recibieron de ella su Cristianismo según la interpretación de Roma, se hallan en grave peligro de perder enteramente el tesoro de la fe. No lo decimos los evangélicos con propósito desmoralizador; lo reconocen los mejores elementos del clero católico. Miles de católicos, por lo que atañe a su tradición familiar y apariencia externa, en el fondo, son escépticos o ateos, que no se atreven a confesar su ateísmo. Por esto, miran con una conmiseración, mezclada de cierta envidia, a los contados cristianos evangélicos que, apartándose del tradicionalismo religioso luchan en contra de la corriente, porque creen de veras y han tomado en serio la religión.

Uno de éstos, jefe de la extinguida firma comercial donde el padre del autor de estas líneas prestaba sus servicios, solía decirle que: con gusto daría un dedo de su mano para poseer la fe y seguridad que mi piadoso padre poseía con respecto a los misterios de ultratumba, que él en manera alguna podía descifrar. El desengaño de la Iglesia de Roma, en la cual aparentaba creer, le había sumido en las más profundas tinieblas espirituales.

¿Es ésta la situación del lector?

Las páginas que siguen serán para él como un rayo de luz y de esperanza. Le dirán que hay otra modalidad del Cristianismo, que la repudiada por su propia conciencia; no en el sentido de que en la Fe Cristiana quepan diversas interpretaciones igualmente legítimas, sino que Dios ha

permitido que al lado — o más bien en contra — de la corriente de separación y diversificación del Cristianismo original, se haya producido otra que constantemente renueva sus esfuerzos para alcanzar una mayor identificación con él; el resultado es un sistema de doctrina más pura, más razonable y más evidente que la que le fué inculcada en los años inconscientes de su infancia, la cual hoy su conciencia se resiste a creer.

Vienen a revelarle cómo la verdad está en Cristo, y cómo millones de hombres, entre los más inteligentes que han vivido y viven sobre la tierra, la recibieron y se mantienen adheridos a ella. Se han acercado a esta Verdad y la han examinado libremente, con la amplia libertad de que se disfruta para ello en los democráticos países evangélicos, y, hallándola digna de confianza la creen de todo corazón. Fiados en las claras e indubitables promesas de las Sagradas Escrituras, viven en una seguridad y esperanza muy análogas a las que disfrutaron los cristianos de los primeros siglos. Su vida interior es, por tanto, mucho más feliz que la de quienes carecen de semejante fe; y como han afirmado algunos escépticos, aun cuando no existiese otra vida más allá de la tumba, por las ventajas que les reporta, en la presente, nada tienen que perder. Con mayor motivo si existen tales realidades, como razonablemente se puede esperar, y nosotros creemos firmemente.

INTRODUCCION

El Cristianismo Evangélico no tiene un Papa infalible que defina dogmas, formule rituales y exija prácticas, imponiéndolas con máxima autoridad. De ahí, como decíamos, la variedad entre las llamadas «sectas del protestantismo», no tan grandes, sin embargo, como sostienen sus detractores. Tal diversidad constituye una fuente continua de estímulo para las actividades religiosas de las distintas iglesias, y una ventaja inapreciable para conseguir la más absoluta sinceridad religiosa por parte de los fieles, sin la cual es nula y vana toda religión.

Es admirable cómo, sin la subordinación de las iglesias a un centro común visible, se haya conservado en los símbolos de las confesiones históricas y en la práctica y predicación de las menos tradicionales, una tan perfecta unanimidad en lo que se refiere a las doctrinas fundamentales de la fe cristiana, y un tono de vida piadosa tan uniformemente inspirado en la pureza y sencillez del evangelio, que hace posible la constante confraternidad espiritual de unos cristianos con otros, como se manifiesta en la célebre Convención de Keswick, en Escocia, a la que concurren cada año muchos millares de cristianos ingleses de todas las denominaciones, desde los Anglicanos, miembros de la Iglesia del Estado, hasta los tan piadosos como anticlericales «Hermanos Libres de Plymouth».

Las diferencias más bien se basan en algunas apreciaciones teológicas, objeto de discusión, que en cuestiones doctrinales; versan casi siempre acerca de ritos o pormenores de organización y son un medio de conser-

var la independencia y evitar la formación de núcleos excesivamente poderosos en elementos materiales, y, por tanto, de tendencia absorbente. A este mismo fin responden las órdenes religiosas en el Catolicismo Romano, donde cada una cultiva un ideal diferente de vida piadosa y de actuación en el mundo.

Cada día va disminuyendo la competencia entre las iglesias evangélicas y afianzándose una sincera y leal colaboración entre todas con el propósito de dar a conocer las puras doctrinas que todas ellas han recibido de una fuente común de autoridad unánimemente reconocida: los escritos apostólicos del Nuevo Testamento. Excepto algunas diferencias de poca monta por lo que concierne a la indumentaria eclesiástica, administración de algún sacramento y organización de las iglesias, todas ellas profesan una misma doctrina en aquello que es más esencial, a saber, la salvación del alma, la manera de cómo podemos ser justificados delante de Dios, y en otros puntos básicos de la fe Cristiana (1).

(1) Como un ejemplo de esta afirmación, podemos citar las palabras del padre J. Claveau, quien dirigiéndose a sus antiguos filigreses católicos para comunicarles su conversión al Cristianismo Evangélico, en el opúsculo titulado: «Antes sacerdote de Roma hoy evangelista cristiano», tras de narrar los incidentes de su honda crisis espiritual, decía:

«Providencialmente, encontré *«cristianos»*, y al decir esto quiero decir cuanto pueda significar esta palabra. Por medio de estos *«cristianos»* hallé lo que hacía años buscaba en vano, es decir, la paz del alma y la plena seguridad que da la fe en Cristo.

Estos *«cristianos»* no me pidieron que me afiliara a ninguna secta o denominación especial; sólo me dijeron que tenía que ser cristiano. Yo al mismo tiempo sentía un vehemente deseo de serlo. Por esto, produjeron en mí una impresión tan agradable que no puedo analizar y que me asombró profundamente; pues era contraria a cuanto se me había enseñado en el romanismo: En vez de la división, encontré la unidad.

Uno de ellos era calvinista reformado, otro evangélico, el tercero bautista, otro metodista. Encontré *«cristianos»* de distintas denominaciones, pero todos creían las mismas esenciales doctrinas. Cada uno y todos repetían la misma frase: «tenéis que ser cristiano». Todos, de común acuerdo, me repetían «Creed en nuestro Señor Jesucristo y seréis salvo». Invariablemente, cada uno añadía: «Tenéis que nacer de nuevo». Debéis convertiros al Señor para poder gozar de la seguridad de la salvación; tenéis que estar profundamente convencido de vuestros pecados para recibir la salvación por la gracia de la cual habla San Pablo y habréis de buscar también la completa santificación por la verdad.

En un principio con profundo asombro, y luego con la mayor alegría, encontré en estos cristianos descritos por los católicos romanos como anatematizándose los unos a los otros y divididos sin esperanza de unirse nunca, la más completa unión de doctrina, el amor fraternal, por el cual se ayudaban los unos a los otros en la predicación del evangelio de Cristo y la unión igualmente en sus esfuerzos para la extensión y prosperidad de sus varias obras. La verdad es que encontré menos distancia entre las dos denominaciones más apartadas de las iglesias reformadas, que entre dos órdenes distintas de la Iglesia Romana: los jesuitas y dominicos, por ejemplo, o entre los eclesiásticos de una iglesia romana y los monjes de un monasterio. En realidad, todas las varias denominaciones guiadas por la libertad de los hijos de Dios, descansan fundadas en la roca, que es Cristo y el evangelio.

A éstas no se les puede llamar divisiones; son diversidades, variedades de la unidad de Cristo; mientras que en la Iglesia Romana, bajo una unidad aparentemente rígida y severa, reina la división, el espíritu de envidia, de dominación y de intriga, que da lugar a lo que suele llamarse «querellas de campanario».

Otra circunstancia no menos hermosa del Cristianismo Evangélico consiste en comprobar cómo la inteligente y constante predicación de estas mismas doctrinas llevadas a cabo desde sus púlpitos, capacita a todos los fieles para cumplir la gran misión confiada a los cristianos por el apóstol san Pedro: «Estad siempre apercibidos para responder con mansedumbre a cualquiera que demande razón de la esperanza que está en vosotros». (Iª: Pedro 3:15). Sorprende generalmente a los católicos, la facilidad y destreza con que muchos creyentes evangélicos, aun aquéllos que poseen cultura muy limitada, suelen desbaratar las objeciones de los incrédulos y citan las Sagradas Escrituras para probar los fundamentos de su fe.

Nada de extraño tiene esto si consideramos la diversidad entre el culto católico y el evangélico. El buen católico va a la iglesia para cumplir un precepto devocional impuesto por su credo; el evangélico para adorar a Dios de un modo inteligente.

El católico sale de la iglesia, la mayor parte de las veces, sin haber aprendido nada nuevo, después de tomar parte en ceremonias mil veces repetidas en una lengua para él desconocida; el evangélico nunca sale de su

iglesia sin haber atesorado en su memoria un caudal de pensamientos edificantes y de argumentos contundentes con que corroborar su fe, pues aparte de otros ejercicios piadosos, como son el canto y las oraciones hechos en su propia lengua, siempre hay en el culto evangélico una o varias predicaciones basadas en pasajes de las Sagradas Escrituras.

No es nuestro propósito negar que el católico experimente alguna emoción espiritual si sigue con verdadera devoción las diversas fases de la santa misa, en su devocionario, aun cuando tenga la manifiesta desventaja de celebrarse en una lengua que no entiende. ¡Es tan rica en significado la muerte de Cristo! Pero la continua y monótona repetición de las mismas fórmulas seca las fuentes de su imaginación, y el sagrado rito se convierte en rutinario y mecánico.

De esta manera, entretenido en rezos formularios, el católico pierde la coyuntura de razonar y aquilatar su fe. Este cometido lo deja a la incumbencia de los teólogos. Por su parte, más bien teme que su inteligencia le extravíe sumergiéndole en la duda. Esta actitud de temor, fomentada por sus guías espirituales, puede constituir una salvaguarda para unos pocos espíritus extremadamente piadosos, pero produce efectos contraproducentes en la inmensa mayoría que necesita saber lo que cree y por qué cree, y contribuye en gran manera a que se debilite y desaparezca la fe entre los pueblos llamados católicos.

El evangélico nunca teme razonar sobre problemas religiosos, aun aquéllos cuyo conocimiento depende de una revelación divina, ya que Cristo y sus apóstoles se dirigieron al buen sentido de sus oyentes para que juzgasen sus manifestaciones. Es estimulado en todo estudio por sus propios pastores, quienes en el deseo de que se cumpla, lo más extensamente posible, el mandato de Cristo: «Predicad el evangelio a toda criatura» dicen como Moisés: «Ojalá que todo el pueblo de Dios fueran profetas» y procuran que cada fiel sea capaz de predicar el Evangelio. Con tal objetivo, existen en casi todas las

capillas evangélicas bibliotecas religiosas, y se fomentan las escuelas dominicales y las organizaciones juveniles destinadas al fomento de la cultura espiritual.

En esto, así como en la difusión de la Biblia (que durante siglos ha venido coartando con determinadas prescripciones canónicas y ahora empieza a recomendar), la Iglesia Católica está, desde hace pocos años, imitando el ejemplo de los países evangélicos, con sus organizaciones de Acción Católica, Semanas de Estudios Especiales, Escuelas de Catecismo, etc., todo lo cual, aunque sea destinado a fomentar una doctrina en gran parte opuesta al verdadero sentido e interpretación del Evangelio, no podemos menos que alabar.

Siempre preferimos que el pueblo sea educado en la religión, aunque esta religión nos parezca errónea en muchos aspectos, que no dejarlo sumergido en tinieblas espirituales. Si tiene un poco de luz, buscará por sí mismo lo que le falta. Si únicamente se pretende satisfacer las ansias de su razón y de su conciencia con ceremonias externas y aparatosas, sólo se le pondrá en trance de perder la fe; tal ha sido la tragedia de estos últimos siglos.

La doctrina evangélica es lógica y sencilla. Se adueña del alma por su claridad y dulzura. Es la expresión evidente y razonable del amor del Creador, que empieza a manifestarse con pruebas tangibles, como las observadas en el orden y previsión admirables de la Naturaleza, y se revela con todo su esplendor en la sublime doctrina de la salvación por pura gracia, por la fe, cuando ésta va acompañada, como lo va siempre que es verdadera, de la correspondiente gratitud, amor y obediencia.

La doctrina evangélica no enseña, o no fomenta indirectamente la impresión de que puede explicar todos los misterios del cielo y de la tierra, como pretende el Teosofismo y otras doctrinas elaboradas por el ingenio de los hombres. En primer lugar, porque reconoce lo limitado de la inteligencia humana para concebir y comprender la realidad de las cosas. Hay todavía muchos misterios para los sabios en el universo físico y con mayoría de razón

deberán registrarse en el plano espiritual. Recordamos, a este propósito, la respuesta de un catedrático de Filosofía de una Universidad de los Estados Unidos a las impertinentes preguntas de un alumno: «Joven, ¿no cree usted que Dios tiene derecho a reservarse alguna cosita para sí?».

La fe evangélica es razonable y lógica. No tiene dogmas contrarios a la razón y a los sentimientos de justicia innatos en nuestra conciencia. No cree en el soborno de la justicia divina por medio del dinero.

El Cristianismo Evangélico sólo acepta aquellas doctrinas que se hallan claramente enseñadas en los escritos apostólicos. Las opiniones de los ministros cristianos de los primeros siglos, llamados Padres de la Iglesia, merecen nuestra confianza y estima, siempre que no estén en pugna con las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Sobre este fundamento, y sin autoridad humana que la imponga, existe una base de doctrina, que puede llamarse común a todas las iglesias evangélicas.

¿Cuál es esta base del Cristianismo llamado Protestante?

La mejor definición de la fe evangélica que jamás ha visto la luz, fué formulada en la edad más temprana del Cristianismo y unánimemente aceptada por el venerable grupo de cristianos reunido en el año 325 en la ciudad de Nicea. Se expresa así:

CREO EN DIOS, PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA, Y EN JESUCRISTO SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR, QUE FUÉ CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO, NACIÓ DE MARÍA VIRGEN, PADECIÓ DEBAJO DEL PODER DE PONCIO PILATO; FUÉ CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO, DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS; SUBIÓ A LOS CIELOS, ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO, DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS; CREO EN EL ESPÍRITU SANTO, LA SANTA IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA CRISTIANA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, EL PERDÓN DE LOS PECADOS, LA RESURRECIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA PERDURABLE. AMÉN.

Nos figuramos la sorpresa del lector católico que en su vida no ha oído otra cosa que calumniar a los protestantes. —¡Pero, si éste es el Credo Católico Romano! —se dirá.

No; no es el Credo Católico sino el Credo Apostólico muy anterior al Catolicismo Romano y clerical formado y deformado a través de los siglos.

Por esto, dicho símbolo de fe se halla estampado en las liturgias de todas las iglesias protestantes y es repetido por millones de miembros de las mismas en sus cultos dominicales. En cuanto a las iglesias o asambleas evangélicas que han suprimido de sus cultos los rezos rituales con el propósito de rendir a Dios un culto más espontáneo hallamos en sus «pactos de iglesia» confesiones de fe o en la doctrina expuesta desde sus púlpitos y periódicos una adhesión tanto o más firme que la externa adhesión católica a los mencionados principios. Uno de los mejores comentarios del Credo Niceno lo tenemos en el libro titulado «Cristo en el Credo» por el renombrado pastor bautista F. B. Meyer y es leído con deleite y edificación por muchos millares de cristianos que nunca utilizan el Credo para repetirlo rutinariamente, pero no dejan de considerarlo como el mejor exponente de su fe cristiana.

Advierta el lector católico el hecho, en gran manera significativo, de que en este credo, tantas veces repetido por los fieles de su comunión, no se hace mención de muchas doctrinas hoy consideradas como esenciales para la fe católica. Ni Papa, ni Purgatorio, ni Misa, ni adoración de Santos se mencionan en absoluto en este valioso compendio de la fe cristiana de los primeros siglos. ¿No es ello una buena prueba de que el Catolicismo ha variado mucho desde aquellos tiempos y que, por lo tanto, los católicos de hoy no poseen la fe apostólica? ¿No es ello una severa advertencia de que pueden estar en el error? ¡Quiera Dios iluminar en este respecto al piadoso lector católico por la lectura de estas páginas!

Y al lector católico-escéptico, pero amante de la

verdad, que perdió su fe en los años inquietos de su juventud, y contempla un Universo frío e indescifrable donde no vislumbra esperanza alguna de «vida eterna» ni de «Padre Todopoderoso» que se interese por su vida personal, le invitamos a rememorar en ellas el hermoso símbolo de su candorosa fe infantil, a la luz que sobre la Verdad Cristiana ha derramado el movimiento evangélico de retorno a los principios básicos y evidentes del Cristianismo. Anhelamos con ello ofrecerle la posibilidad de recobrar el tesoro perdido de su religión, mil veces abrillantado por una posesión más real de la misma, si a la sinceridad de su empeño va unido, lo que nunca ha de faltarle, la gracia y bendición de Dios.

CAPITULO PRIMERO

LA EXISTENCIA DE DIOS

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra...

Esta es la base de la fe evangélica y de todas las religiones. «Es necesario que el que a Dios se allega, crea que lo hay», dice el apóstol san Pablo. Los cristianos evangélicos procuramos afirmarnos sólidamente sobre esta base. ¿Hay Dios o no hay? Si hay Dios; si existe un Inteligente Autor y Ordenador del Universo, si no somos nosotros y cuanto nos rodea producto de la casualidad (y parece imposible que alguna mente sensata pueda pretenderlo), si existe una Inteligencia Infinita superior a la materia, el Cristianismo es posible y creíble. Si no lo hay, no vale la pena dar un paso más en el camino de la religión. Las pruebas de la existencia de un Poder Supremo extremadamente inteligente son, sin embargo, tan variadas como abundantes y en todas partes se encuentran. Acerca de alguna de dichas pruebas remitimos al lector a nuestra obra recién publicada. «La Religión al alcance del pueblo» y la que está en vías de publicación, titulada «Pruebas tangibles de la existencia de Dios», y muchas otras de otros autores que tratan este fundamental tema con mayor amplitud.

El concepto cristiano de Dios

La idea del Ser Supremo es la más hermosa de cuantas han surgido en la humana mente, por no ser precisamente producto de la misma. Creemos en un Dios tan perfecto

como pueda requerirlo el más exigente filósofo moderno, porque así nos lo presenta la Biblia, bien interpretada, y sobre todo los escritos del Nuevo Testamento. «Dios es espíritu y los que adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren», son palabras del Divino Maestro en San Juan 4-24, y el gran apóstol de los gentiles declara: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, éste, como sea Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos, ni es honrado con manos de hombres, necesitado de algo; pues él da a todos vida y respiración y todas las cosas... porque en él vivimos y nos movemos y somos... porque linaje de éste somos también». (Hechos 17-24).

Este concepto de un Dios inmanente, alma del Universo, cuyas distancias se miden por años de luz, podría empero extraviarnos hasta el punto de considerar a Dios como una fuerza infinita, reguladora de leyes universales, pero indiferente a nosotros, ínfimas criaturas, si Cristo no hubiese venido con la gloriosa afirmación de que Dios es nuestro Padre.

La doctrina del Padre Celestial

El Padre Celestial, que nos revela Jesucristo, es un Ser que no puede ser visto, por el ojo humano. Su naturaleza espiritual y su grandeza lo impiden; por esto El ha venido a representarle (Evangelio de S. Juan, 1:18 y 14:9).

Dios es quien viste la hierba del campo, el que ha dado su finura y color a las pintadas flores, y quien ha proporcionado, por medio de las sabias leyes de su Providencia, abundante alimento para las aves, lo mismo que a todo ser viviente. (S. Mateo, 6:26-30).

El Ser creador, que así ha provisto por todas sus criaturas, siendo inteligente e infinito, puede ocuparse, y se ocupa minuciosamente de todo cuanto ha creado. Piensa particularmente en cada hombre que, por su naturaleza

moral y espiritual, vale para El mucho más que las aves de los cielos o cualesquiera otras criaturas vivas. Conoce nuestras necesidades antes de que se las expresemos con palabras. (S. Mateo, 6: 8), pero quiere que nos dirijamos a El por medio de la oración, manifestándole de este modo nuestro amor y confianza (S. Lucas, 9: 10).

No existen lugares exclusivos para adorar a Dios, sino que prefiere la oración hecha en secreto, al culto que se le ofrece con orgullo y ostentación. (S. Mateo, 6:55).

¿Puede haber doctrina más consoladora que esta que nos trajo Cristo acerca del Creador, y, sin embargo, más verosímil? La infinita ciencia de Dios se muestra en los pormenores más insignificantes de la Creación. Hay tanta sabiduría en el más pequeño miembro de un insecto como en la estructura del más imponente cuadrúpedo. Ambos han sido construídos con la máxima destreza por el Supremo Artífice. Para un Dios infinito nada puede haber demasiado grande ni demasiado pequeño. Si se ha mostrado solícito en todas las circunstancias de su creación ¿podrá desentenderse de la única criatura poseedora de cualidades morales y espirituales? ¡Si estas mismas cualidades revelan su filiación divina, por la analogía que presentan con los atributos que descubrimos en el propio Ser Creador!

Consecuencias prácticas de la doctrina

Si el Infinito es nuestro Padre, hay que tratarle como a padre. Esta es la natural consecuencia que el Cristianismo Evangélico saca de la incomparable doctrina de Cristo acerca del Padre Celestial. Por ésta y otras razones de peso contenidas en la Sagrada Escritura rechaza la mediación de intercesores humanos o angélicos.

Ciertamente, el primer artículo del Credo, al afirmar la inmensidad y paternidad de Dios, contradice de golpe toda extraña mediación; pues si Dios es el «Todopoderoso Creador del Cielo y de la Tierra» no necesita de intermediarios

para poder oírnos y atendernos. Y si es padre amoroso, como Cristo nos asegura, tampoco requerirá tales intercesores para moverle a concedernos lo que de otro modo no concedería. La mejor afirmación de Cristo es que Dios mismo, sin el ajeno concurso, siempre se halla dispuesto a otorgarnos lo que le pedimos tan pronto como nos encontramos en disposición moral para recibirlo. Sus palabras son: «Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre, por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis y habéis creído que yo salí de Dios. (S. Juan, 16: 26 - 27). Si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuanto más vuestro Padre Celestial...? (S. Lucas, 11: 13).

La comparación que hace la Iglesia Católica de Dios con un rey humano, para acudir al cual se necesita la influencia de otros súbditos más favorecidos, no es verdadera ni justa, porque atribuye a Dios las limitaciones y defectos propios de la naturaleza humana. Un rey terreno no es Padre Creador, ni es Todopoderoso, ni conoce las intimidades de sus súbditos, como creemos que Dios las conoce; por esto, necesita del concurso de las personas mejor informadas para que le recomienden los más dignos de ser favorecidos. No es lo mismo con respecto a Dios.

Si con el primer artículo del Credo afirmamos nuestra creencia en un Padre Infinito, fuerza es obrar de acuerdo con nuestra fe. Por esto, millones de cristianos evangélicos se dirigen de continuo al Padre, tal como Cristo requería, «en espíritu y en verdad». Y tenemos mayores pruebas, y en mayor número, de que Dios oye la oración que se le ofrece directamente, que las que tienen los católicos respecto a peticiones enderezadas por medio de santos y vírgenes de diversos nombres y advocaciones.

El lector escéptico sonreirá irónicamente por lo que a unos y otros se refiere; pero no podrá por menos de reconocer que, si existe un Ser Inteligente detrás del escenario de la Naturaleza, hay una base bastante sólida para toda religión que trata de buscar contacto con El. Y si este Ser posee los atributos que en el Credo se le asignan,

y el estudio de la Naturaleza nos enseña, la actitud del Cristianismo Evangélico es más correcta que la de quienes creyendo teóricamente en el mismo Dios le reducen, en la práctica, a las condiciones de un ser humano.

II

LA DIVINIDAD DE CRISTO

... y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor...

Sobre este artículo del credo no hay diferencia alguna entre católicos y evangélicos; sin embargo, ésta es la cuestión que mayores dificultades entraña para los escépticos; y éstos abundan no sólo fuera de las confesiones religiosas, sino también entre los que llevan por conveniencia el nombre o etiqueta de alguna iglesia cristiana.

Que Jesús de Nazaret fuera Hijo del Eterno, no en el sentido en que lo somos todos los hombres, sino Unigénito de Dios, preexistente a su encarnación humana (S. Juan, 1 : 1 y 8 : 58) y que se acercara a nosotros como revelación suprema de la misma Divinidad Infinita, es algo que supera toda capacidad humana, y, sin embargo, tiene el hombre la pretensión de explicarse y definir ese inexplicable misterio. La Encarnación es asunto de fe, más que de razonamiento, cuya realidad escapará siempre a nuestra comprensión, porque para entenderlo nos sería indispensable conocer en su sentido más íntimo lo que el hombre ignorará siempre: la esencia y modo de ser de Dios

Pero si no podemos explicárnoslo, podemos creerlo. ¿Cómo? Examinemos los hechos.

Prueba histórica

Según narraciones históricas, que datan del I ó II siglo, vivió entre los judíos de Palestina en tiempo de Augusto y de Tiberio un personaje maravilloso que se llamó Jesús.

La prueba de que los evangelios fueron escritos en fecha muy cercana a la iniciación del Cristianismo es que los hallamos citados en casi todos los escritos cristianos del II y III siglo, como documentos de autoridad religiosa, cuya lectura se escuchaba con veneración en las asambleas cristianas.

Los hechos referidos en estos documentos deben haber sido los mismos que corrían de boca en boca entre los cristianos que en aquellos tiempos derramaban su sangre en los anfiteatros romanos confesando que Jesucristo era el Hijo de Dios; el Salvador de los hombres, y se negaban por tal motivo a dar culto a los dioses paganos de la mitología.

¿Qué había sucedido en el pequeño país de Palestina para producir tal fenómeno? Una leyenda incomparable, sin realidad histórica, no habría sido capaz de despertar un sentimiento tan vivo que llevara a los hombres a despreciar las cosas más reales como la hacienda y la vida. Una cosa es dar crédito a una leyenda y otra muy distinta sacrificarse por ella. Por muchísimos años los suizos consideraron a Guillermo Tell como un héroe histórico; pero, ¿quién estaría dispuesto a sacrificarse por semejante personaje cuya historicidad se pierde en las nebulosidades de la leyenda? Estamos seguros de que nadie hubiese querido dejarse arrebatar por una flecha, o por un tiro de fusil, una manzana puesta sobre su cabeza, con la esperanza de que el espíritu de Tell guiaría la mano del tirador, aun cuando así lo asegurara algún desequilibrado. Pues esto, es lo que pretenden quienes dan razón del hecho histórico del Cristianismo negando la divinidad de Jesús.

No cabe aquí parapetarse detrás del argumento del fanatismo religioso. Para que se manifieste el calor debe existir antes el fuego. Para que exista el fanatismo religioso debe haberse afirmado la causa que lo produjo, o sea, la religión. El hombre será capaz de dejarse matar por cualquier fetichería que se le enseñe a venerar en nombre y con la autoridad de una religión en la cual ya cree;

una religión que habrá recibido en su infancia y que tendrá para él todos los visos de realidad, por falsa que sea. Pero ninguna de estas circunstancias existían en el Cristianismo Primitivo, profesado por personas educadas en las religiones paganas, las cuales habían tenido que convencerse por sí mismas de la verdad del Cristianismo, para hacer de él su religión, en contra del común sentir y pensar de su siglo.

Los apóstoles no podían inventar el dogma de la Divinidad de Jesús

Los autores de los libros del Nuevo Testamento, que sirvieron de base al movimiento cristiano, eran hebreos, irreconciliables monoteístas, para quienes la sola idea de atribuir honores divinos a un ser humano constituía una ofensa que les horrorizaba; sin embargo, cuando se refieren a Jesucristo no titubean en unir su nombre con el de Dios, otorgándole los honores y atributos que en el pensamiento hebreo habían sido siempre reservados al Eterno.

¿Inventaron los apóstoles la doctrina de la Divinidad de Cristo? Imposible. No hay otro caso semejante en la historia del pueblo hebreo. Ellos no habrían querido hacerse tan terriblemente culpables delante del fuerte y celoso Jehová inventando tan espantosa blasfemia.

Además, ¿con qué motivo lo harían? ¿qué ventajas podría producirles ni les produjo, sino la deshonra delante de sus propias autoridades religiosas, las más terribles persecuciones y, por fin, la muerte? De no haber estado positivamente convencidos de la realidad que afirmaban, es seguro que no habrían acometido una empresa que sólo podía acarrearles penalidades en esta vida y luego el más terrible juicio divino, por blasfemos. Esta última consideración habría pesado mucho en un partidario fanático de la secta de los fariseos, creyentes en la inmortalidad, como era S. Pablo.

Categóricas afirmaciones de Jesucristo

Según los relatos evangélicos, Jesús dió toda clase de pruebas de ser sincero y honesto. No fué jactancioso o extravagante en su modo de hablar. Si hubiera sido humano, como nosotros, su propia naturaleza y educación hebrea le habrían impulsado a evitar incurrir en la blasfemia que suponía el aplicarse títulos divinos. Sin embargo, fué todo lo contrario.

El pretendió ser sin pecado

Los hombres que asumen el cargo de instruir a sus semejantes, instintivamente acompañan sus exhortaciones con alusiones a su propia incompetencia o deficiencia personal.

El más grande de los apóstoles dice: «No hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero esto hago» (Rom. 7: 19). Juan, el santo, escribe: «Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.» S. Juan, 1:8). Jamás ha hecho Jesús una confesión semejante. No demuestra conciencia de haber obrado mal. El que enseñó a otros a orar: «Perdónanos nuestros pecados» nunca miró al cielo para decir: «Perdóname mis pecados». Jamás declaró haber cometido pecado alguno, antes bien dijo: «Yo hago siempre las cosas que agradan al Padre» (S. Juan, 8; 29). Desafió a sus enemigos a que le convencieran de pecado. Esta pretensión de perfección moral, o demuestra en Cristo algo superior a las limitaciones morales de la Humanidad, o desfigura totalmente su sinceridad, si no estuviese justificada.

Sus afirmaciones, en el caso de que no fuesen verdaderas, son demasiado categóricas para poder atribuirlas a un hombre sensato. En efecto, ¿cuál ha sido el maestro sabio o filósofo, que haya osado decir de sí mismo: «Yo soy el camino la verdad y la vida; nadie viene al Padre

sinò por mí» (S. Juan, 14 - 6). «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar» (Mateo, 11 : 28). «El que quisiere salvar su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa de mí la hallará» (Mateo, 10 : 39) ; y «El que se avergonzare de mí y de mís palabras en esta generación pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando viniere en la gloria de su Padre con sus santos ángeles» (Lucas, 9 :26). Hemos citado un texto de cada uno de los cuatro envangelios para que pueda comprobarse la unanimidad de sus biógrafos acerca de la naturaleza sobrenatural de Jesús de Nazaret, y podríamos citar muchísimos más.

Si El no era una manifestación genuínamente divina, uno mismo con Dios, ¿qué debemos pensar de semejantes afirmaciones?

Cuando alguien me habla de Cristo como de un mero idealista humano, trato de averiguar si quien hace tal afirmación ha leído por sí mismo los evangelios. Es fácil formarse este concepto de Jesús cuando sólo se le conoce por las frases de mitin que de su incomparable doctrina social suelen extractarse. Mas esto sólo constituye una parte del Evangelio (demasiado olvidada por muchos que se dicen religiosos), pero no es todo el Evangelio. Cristo habló de algo más que de cuestiones conexas con la economía social y política, y si cuanto dijo acerca de Sí mismo y de la vida futura no es verdadero, ¿cómo se explica la admiración que despiertan sus acertadas concepciones en el orden meramente humano? Si Cristo habló como habló, sin ser un sabio excepcionalmente educado, ni tampoco un demente, debía ser lo que de Sí mismo dijo que era, «el Hijo de Dios».

Un hecho natural

Los hombres que más han combatido el dogma de la Divinidad de Cristo, como Strauss, Rouseau, Renan, etc., no tienen más remedio que inclinarse ante su grandeza moral. Ernesto Renan, en uno de sus arrebatados momentos

de sinceridad, llevado de su entusiasmo hacia la persona del obrero de Nazaret, parece volverse contra la misma tesis que se había propuesto, y exclama : «Si no era Hijo de Dios merecería serlo».

¡Merecía serlo! Esta confesión de un enemigo es una valiosa premisa que corrobora nuestras creencias. Si Cristo hubiese únicamente afirmado su Divinidad, pero su modo de razonar humano, o su conducta defectuosa hubiesen dejado entrever lo contrario, no merecerían mucho crédito sus afirmaciones ; pero la grandeza y armonía de carácter del hombre de Nazaret nos permiten descubrir en El algo más que un mero hombre. Si por sus propios merecimientos debemos colocarle en el más alto pedestal de la raza humana. ¿qué nos impide ya considerarle como algo superior al hombre? ¿Por qué empeñarnos en negar que El pudiera ser la revelación del Dios invisible?

¿Nos escandaliza la idea? Más bien debiera llenarnos de entusiasta gratitud. ¿Podemos soñar una manera más excelente de revelarse la Divinidad Invisible a criaturas materiales y humanas?

Decía un naturalista famoso, acostumbrado a estudiar con la paciencia que caracteriza a los sabios las costumbres de ciertos insectos, que el único modo de hacerse comprender de tan débiles criaturas y de comprenderlas bien consistiría en revestirse de su propia naturaleza y tratar con ellas en su propio ambiente. Esto no pasaba de ser una idea imposible. Pero, engolfado en tales pensamientos, oyó las campanas de la Iglesia de su pueblo para celebrar la Navidad, y aquello fué como una revelación para el escéptico naturalista. Lo que era irrealizable para él, como criatura. ¿Lo sería también para el Todopoderoso Creador?

¡Dios manifestado en carne! Ciertamente es un misterio para nosotros ; pero no una imposibilidad para el Ser Supremo que ha dado vida y ha ordenado el Universo.

Milagros de Jesucristo

Según el autor del IV evangelio, en una discusión que tuvo Jesús con los judíos en el Templo, tratando de probarles que El era el Hijo de Dios en un sentido superior al de los demás hombres, aun de aquéllos a quienes en otros siglos la palabra de Dios había sido dirigida, les dice: «Si no hago obras de mi Padre, no me creáis; más si las hago, aunque a mí no creáis, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y yo en el Padre» (S. Juan, 10: 37-38).

¿Son creíbles los milagros de Jesucristo, realizados hace veinte siglos en circunstancias que a nosotros es imposible comprobar? ¿No pudieron serle atribuídos por sus piadosos seguidores después de su muerte? ¿No es cualquier milagro una imposibilidad, por representar una violación de las leyes inmutables de la naturaleza?

El milagro es ciertamente una señal de intervención del Poder Supremo que puso en orden el Universo, pero no es una violación ni alteración de las leyes por El mismo establecidas. Admitir que Cristo anduvo sobre las aguas, no implica creer que quedó alterada la ley universal de los cuerpos físicos en relación con el agua (en tal caso, Pedro no debía hundirse en aquella misma ocasión en el instante en que le faltó la fe). Lo creíble es que, permaneciendo igual la susodicha ley, entraron en juego leyes de orden superior capaces de sostener el cuerpo físico de Jesucristo, y ocasionalmente el de Pedro, por encima de las olas.

Cierto que algunos milagros referidos en la Sagrada Escritura parecen inexplicables e imposibles ante las leyes naturales; pero hay hechos más difíciles en el orden común de la Naturaleza cuya existencia debemos admitir aun cuando no podamos explicarlos. ¿Puede haber algo más inexplicable que la misteriosa formación del hombre y demás seres vivos en el claustro materno? ¿No es esto mucho más complejo que la restauración de una mano seca o la reparación del defecto físico que impedía la visión a un ciego de nacimiento?

La respuesta a esta pregunta nos la da el más grande de los sabios del siglo XIX, el gran Pasteur, cuando decía: «En la sola afirmación del ser infinito hay más milagros que cuantos pudieran acumular todas las religiones juntas. Dios es el milagro de los milagros, y el misterio de los misterios; Dios existe, dice la ciencia, luego el milagro existe».

El milagro lo es únicamente para nosotros a causa de nuestra ignorancia de los secretos de la Naturaleza, y, por ende, de los infinitos recursos del Supremo Autor de la misma. Los fenómenos de la electricidad habrían parecido milagrosos a nuestros bisabuelos, y los fenómenos psíquicos, que solamente empezamos a conocer y estudiar como leyes naturales, los llamaban ellos brujería. ¡Cuántos secretos nos quedan aún por descubrir..!

El Cristianismo Evangélico es muy parco en la aceptación de milagros, porque sabe cuán inclinado es el corazón humano a la superstición y exageración; mas, por lo general, no tiene dificultad alguna en admitirlos cuando se trata de la persona de Jesucristo y de sus inmediatos sucesores, cuando llevan un fin providencial como los del Antiguo Testamento, o en otros casos en que se han hecho indispensables por alguna circunstancia excepcional y crítica de algún fiel servidor de Dios, por más que tales casos sean raros

Por lo común Dios responde a las oraciones de sus hijos por medios o agentes naturales, si bien las extraordinarias coincidencias que a veces se producen nos hacen reconocer la mano de Dios casi al igual que si fuese dada la respuesta por medios sobrenaturales. Pero en el caso de Cristo nos sería difícil aceptar sus afirmaciones de ser el Hijo de Dios, enviado del Eterno Padre y Señor de los hombres si no realizara obras tales que probasen su divinidad. ¿Cuánto más arduo no hubiera sido para los primeros discípulos que le siguieron y que no poseían la experiencia histórica del Cristianismo que nosotros tene-

mos? y ¿cómo, sin la persuasión procedente de tales hechos hubieran estado dispuestos a sacrificar por El sus propias vidas?

La inmensa mayoría de los cristianos evangélicos tienen puesta su fe en Cristo, no sólo por las pruebas objetivas que acabamos de esbozar, sino sobre todo por la prueba subjetiva de la experiencia personal. Es algo indescriptible, pero real. El cristiano que ha hecho entrega de su vida a Dios por un acto de fe, aceptando a Cristo como su Salvador, experimenta en su propio ser que existe un Cristo Divino que ha intervenido de un modo glorioso por su Espíritu en su propia vida. Tiene la prueba subjetiva, tanto como la objetiva. En ambas y por ambas afirma cada día más su creencia de que Jesús es el Hijo de Dios.

III

NACIMIENTO SOBRENATURAL DE CRISTO

> ... que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María virgen...

Como hemos indicado en el prólogo, la primera acusación que los católicos intransigentes suelen lanzar contra los evangélicos, es que no creen en la virginidad de María.

No trataremos de negar que en los países evangélicos donde reina la más amplia libertad de pensamiento, algunos autores y predicadores de tendencias racionalistas hayan expresado dudas y reparos sobre el prodigioso origen que los documentos apostólicos atribuyen a Jesucristo; pero las Iglesias evangélicas, de cualquier tipo o secta, por lo general, creen en el milagro del nacimiento de Cristo por obra del Espíritu Santo y lo razonan lógicamente por la necesidad de que Cristo viniera al mundo exento de la tendencia al pecado, que es característica de la actual condición toda la raza, y que en lenguaje teológico se llama: pecado original.

He aquí como lo expone el autor del libro, eminentemente protestante, «La familia Sagrada», publicado por la Librería Nacional y Extranjera de Madrid:

El por qué del nacimiento virginal

«Todos los hombres son pecadores sujetos al pecado ya desde el principio de su vida. Por lo mismo, dice David en el salmo 51: «He aquí en pecado he sido for-

mado y en pecado me concibió mi madre». La naturaleza depravada por el pecado no puede dar otros frutos que no sean depravados también. Si no se puede explicar esto de una manera matemática, no nos importa, porque nuestra misma vida es, no solamente en su origen sino en todo su transcurso, un misterio perpetuo. Si bien es misteriosa, como la vida misma, esta transmisión de la naturaleza pecadora de los primeros hombres a sus descendientes, es un hecho incontrovertible y probado igualmente por la experiencia humana de todos los pueblos, como la verdad revelada de Dios en su santo libro.

De ahí se desprende racionalmente, lógicamente, que si un hombre ha de venir al mundo exento completamente de pecado, es imposible que nazca en las mismas circunstancias en que nacen todos los demás hombres. Si el Salvador ha de estar limpio de toda mancha del pecado, su nacimiento ha de ser, por lo mismo, sobrenatural. Esto es muy lógico y no admite réplica.

No hace falta mostrar con muchas palabras que nuestro Salvador estaba exento completamente de pecado. Se le llama el segundo Adán; como tal, sale de la mano de Dios, inocente, puro, sin mancilla. Él mismo dice de sí en presencia de todos sus enemigos: «¿Quién de vosotros me podrá redargüir de pecado?» Él reclama para sí lo que ningún hombre ha podido reclamar, la ausencia absoluta del pecado. Por lo mismo, dice la epístola a los Hebreos, Capítulo 7, versículo 26: «Porque tal sumo sacerdote nos convenía tener, santo, inocente, limpio, separado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos.»

Si, por tanto, Jesús fué el único hombre sin pecado (un fenómeno excepcional en toda la historia de la Humanidad) es natural que su origen fuera excepcional también, diferente del de todos los demás hombres.

Pero, entonces, ¿por qué no vino directamente al mundo como nueva creación de Dios revestido de la gloria del nuevo Adán? ¿Por qué había de entrar en el seno de la Virgen María, nacer, crecer, desarrollarse,

aprender como todos los demás hombres? De nuevo respondemos con las palabras de la misma Biblia (Epístola a los Hebreos 2; 14 al 18) «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el Imperio de la muerte, es a saber, al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre. Por la cual, debía ser en todo semejante a sus hermanos para venir a ser misericordioso y fiel pontífice delante de Dios para expiar los pecados del pueblo; porque en lo que ha padecido Él mismo siendo tentado es poderoso para socorrer a los que son tentados».

La Palabra de Dios nos dice la razón por qué convenía que el Salvador entrase en el mundo, no como un nuevo Adán, sino como el segundo Adán, y tomase carne y sangre, lo mismo que todos los hijos de los hombres; que no sólo se manifestase al mundo como lo hizo el Angel del Antiguo Pacto, sino que «fuese hecho carne». La razón es que debía ser en todo, excepto el pecado, semejante a sus hermanos, para que pudiese tener misericordia de sus flaquezas y tentaciones, habiendo sido tentado Él mismo, pero sin ser vencido (véase Hebreos 4:15). (1).

Un Salvador, humano en cuanto a su naturaleza física, pero perfecto, libre, de la tendencia al pecado, nos fué dado por medio de la concepción milagrosa. Y si esto enseña la Biblia no hay razón alguna para que el Cristianismo Evangélico lo niegue, por más que así lo hayan hecho algunos supercríticos aprovechándose de la amplia libertad de pensamiento y de expresión que existe en los países evangélicos; pero ello es siempre a título personal y no en nombre de ninguna denominación evangélica, todas las cuales defienden oficialmente la antigua doctrina del nacimiento sobrenatural; milagro por cierto muy pequeño al lado de la misma divinidad de Jesucristo.

---

(1) La Familia Sagrada. Págs. 12-14.

Si Él no era, efectivamente, un hombre como los demás, todos los milagros de su nacimiento y de su vida son lógicamente explicables y razonables, desde su concepción milagrosa a su resurrección y ascensión.

Excepción única

Los católicos dicen que era preciso, para que Cristo naciese sin pecado, que también su madre fuese concebida sin él. De esta opinión difieren los mejores autores de la misma Iglesia Católica hasta el 8 de diciembre de 1854, en que Pío IX definió como dogma la Inmaculada Concepción de María en su bula «Ineffabilis». Según la Biblia, vemos que bastaba que Jesús naciese por obra del Espíritu Santo. Más aún: si fuera verdad que María debió ser concebida sin pecado para que Cristo lo fuese, entonces la madre de María debió serlo para que ésta lo fuera, y la abuela para que lo fuera la madre, y así podríamos discurrir lógicamente por toda su ascendencia materna, con lo cual nadie estará conforme.

Que la bendita Virgen fué un ser humano como nosotros, necesitada de redención, lo confiesa ella misma, y si los católicos pensasen más en lo que rezan, el mismo «Magnificat» se lo probaría con toda evidencia. «Mi espíritu se alegró —dice— en Dios «mi Salvador» (Lucas 1-47). No le llama solamente Salvador, sino «mi» Salvador. Los ángeles no pueden llamar a Dios su Salvador porque no han pecado; pero María se reconoce pecadora y se alegra de que el Hijo de Dios viniera a redimirla de sus pecados.

Tendremos ocasión de hablar más extensamente de la bendita Virgen María y de lo que los cristianos evangélicos opinamos acerca de ella en otro libro. Nos basta aquí dejar bien sentado que el Cristianismo Evangélico acepta íntegramente este artículo del Credo, sin ir más allá de él, como ha hecho la Iglesia Católica en su afán innovador.

IV

REALIDAD HISTORICA DE CRISTO

... que padeció bajo el poder de Poncio Pilato...

Este artículo del Credo, da fe de la realidad histórica de Cristo.

Documentos históricos, que la crítica más exigente considera anteriores al Concilio de Nicea, declaran el tiempo en que tuvo lugar la gloriosa vida de Cristo, y citan multitud de hechos históricos que se entrelazan con la sagrada narración. Pilato, Herodes, Tiberio, Anás y Caifás, Juan el Bautista y Herodías, son personajes reales y bien conocidos por escritores contemporáneos de los apóstoles que nada tenían que ver con el Cristianismo.

Otros escritores profanos, tan bien acreditados como Tácito y Suetonio, dan fe de la existencia de seguidores de Cristo en una época tan temprana como lo fué el reinado de Nerón, solamente treinta años después de la muerte de Cristo (1). Ningún mito puede formarse al cabo de sólo treinta años, y quienes en aquella época sufrieron

(1) Tácito, hablando del incendio de Roma, dice: «Pero ni diligencias humanas ni la liberalidad del príncipe, ni las expiaciones religiosas, reducían a silencio la imputación que se le hizo de haber mandado incendiar la ciudad, y así, para acallar estos rumores, echó la culpa, e hizo sufrir tormentos especiales a unos hombres aborrecidos por sus abominaciones, a quienes llaman vulgarmente cristianos. El origen de este nombre fué un tal Cristo a quien en el reinado de Tiberio hizo ajusticiar el procurador Poncio Pilato. Anales, libro 15, cap. 44.

Suetonio dice: «Fueron castigados los cristianos, especie de hombres que profesaban una superstición nueva y maléfica». Sátiras, cap. 1, vers. 155.

Un testimonio más extenso es la carta escrita por Plinio el Menor, procónsul de Ponto y Bitina al emperador Trajano, setenta

atroces muertes con la esperanza puesta en un Cristo muerto y resucitado que debía darles la corona de la vida, en manera alguna lo hubieran hecho de no tener pruebas manifiestas de que Aquél en quien confiaban para la vida eterna, había sido, por lo menos, una persona real.

Que las referencias son pocas y breves en los escritores del primer siglo, nada tiene de extraño, considerando que el Cristianismo no fué en dicho siglo lo que ha llegado a ser en siglos posteriores, y no es raro que pasase iandvertido para escritores paganos entretenidos en la narración de otra clase de sucesos. Del mismo modo podría aducirse dentro de algunos siglos la inexistencia de hechos y cosas bien reales hoy día. Si se tiene en cuenta el volumen de escritos que se producían en aquellos tiempos del papiro y del pergamino, en comparación con lo que se escribe hoy, el argumento que se basa en omisiones, carece de todo valor. Una línea de aquellos tiempos vale más que muchas páginas en la actualidad.

No la impugnaron los primeros opositores del Cristianismo

Que Cristo fuera un personaje histórico no se atrevieron a negarlo los primeros impugnadores del Cristianismo. Los Celsos y los Porfirios de los siglos II y III negaron, como es natural tratándose de enemigos de la fe Cristiana, la divinidad de Cristo; dijeron que sus milagros habían sido realizados por artes de magia, pero no osaron poner en duda la misma existencia de Cristo. El hecho de hallarse tan próximos al tiempo en que tuvieron lugar los sucesos se lo impedía. Fué necesario que transcurriesen dieciocho siglos para que a un Strauss y a un Milesbo se les ocurriese la historia del mito solar, rotundamente refutada y desacreditada por críticos y sabios orientalistas de la talla de Neander, Ullman, Lange, Tholuck, Ebrard, etc.

años después de la muerte de Cristo, y sólo treinta y cinco años después que el apóstol San Pablo evangelizara aquellas provincias El párrafo principal de esta larga carta dice: «Sostuvieron, sin embargo, que todo su error o culpa había consistido en la costumbre de congregarse al amanecer de ciertos días a cantar himnos a Cristo, como a Dios, a obligarse con juramento a no hacer ningún mal; a no cometer robo alguno, hurto ni adulterio; a no divulgar ningún secreto, ni dejar de entregar cualquier depósito cuando se les pidiese, que después de estos juramentos, solían retirarse para congregarse de nuevo con el fin de tomar una comida sencilla y frugal.» Cl Plinius, Trajano Imp. S. Libro X, epístola XCVII.

Quimérica teoría

El doctor Bettex muestra que la teoría mítica puede aplicarse a cualquier otro personaje histórico de nuestros días con la misma verosimilitud que a Cristo. Si el mundo llegare a existir en el año 3000 ó 4000, cualquier crítico podría decir respecto a Napoleón: «Aquí se trasparenta la alegoría. Este desconocido que surge del océano al Sureste de Francia, cuyo apogeo se indica por la antigua alocución «el sol de Austerlitz» y que, después de haber visto abatida su potencia por el terrible invierno, desaparece en el oeste, es la personificación del sol. Sus doce capitanes generales y mil otros rasgos de la tradición nos lo probaría suficientemnte si no estuviese allí su nombre «Napoleón» o «Napolón», que muestra de modo evidente que es el mismo con que los griegos adoraban al sol «Apolo», etc.

Bismarch podría ser identificado por los mismos críticos con el viejo Odin o Wotan de los escandinavos; su misma figura, su inmenso sombrero de amplias alas, y el ir siempre acompañado de su lobo, su gran dogo negro, nos lo pone de manifiesto. Este hidalgo —dirían— es el símbolo de la pequeña Prusia del Norte, la cual se convierte de súbito en un gigante, y no puede ser otra cosa que la personificación del invierno del Norte, que vence al imperio del dios del sol «Napolón», cuya victoria celebra el pueblo, en una fiesta del mes de septiembre».

He aquí cómo arreglan hoy la historia ciertos críticos y cómo podrían arreglarla los críticos del porvenir. Por

donde se colige que no es necesario ni mucho talento, ni estar dotado de mucha imaginación para combinar con habilidad ciertos hechos, prescindir de otros, y hallar contradicciones o coincidencias donde se desea, pero esto no es una crítica honrada ni justa. (2)

Seguramente, los padres de Nicea, que redactaron la confesión de fe que estamos comentando, tenían razones más poderosas para afirmar que Strauss o Milesbo para negar.

Aquéllos vivieron solamente dos siglos y medio después de los sucesos; éstos vivieron diecisiete o dieciocho siglos después. Algunos de aquellos llevaban todavía en su cuerpo las señales de las terribles persecuciones sufridas por amor de Cristo (3), éstos se sentaban cómodamente en su butaca para redactar un libro que, por la impiedad de su título diera celebridad a su nombre. Los padres de Nicea habían podido interrogar personalmente a los que fueron oyentes en su juventud de los que recibieron el evangelio de labios de los mismos apóstoles (4); estos críticos sólo podían interrogar y consultar a su alocada imaginación. ¿Quién o quiénes son más dignos de crédito?

Por esto los cristianos evangélicos, cuya libertad de investigación y crítica no conoce barreras, creen unánimemente en la realidad histórica de Cristo Jesús.

(2) La Religión y las Ciencias Naturales, pág. 193.

(3) Eusebio, en su libro sobre Constantino, lib. III, cap. XIV, cuenta cómo el emperador agasajó al obispo Pafnucio y le besó la órbita del ojo que le había sido arrancado.

(4) Ireneo, que fué obispo de Lyon del año 177 al 202, dice que el venerable Policarpo, que fué su padre en la fe, le refería sus relaciones «con el apóstol San Juan y con otros que habían visto al Señor». Acerca de San Juan, decía: «Puedo señalar el sitio donde se sentaba en las afueras de Éfeso» y se complacía en repetir muchos de sus dichos, especialmente los que recomandaban el amor fraternal.

Cuadrato, que escribió en la primera mitad del siglo II, nos ha dejado este testimonio: «Las obras de nuestros Salvador fueron siempre visibles, porque fueron reales; de esta clase son, tanto los que sanó, como los que resucitó, los cuales fueron vistos, no sólo cuando fueron sanados y resucitados, sino después de su partida, y por bastante tiempo después de ella, tanto que algunos de ellos han llegado hasta nuestros tiempos». Eusebio, H. S., lib. 4, cap. 3.

V

LA MUERTE REDENTORA DE CRISTO

... fué crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos...

Que Dios se hubiera propuesto salvar al mundo por la fe en un crucificado que la autoridad romana hizo ajusticiar sobre una de las colinas de Judea era el colmo de la insensatez para el mundo intelectual grecorromano del tiempo de los Césares. Sin embargo, esta doctrina llegó a triunfar y a establecerse, derrocando completamente las religiones establecidas y las filosofías de los mejores pensadores de su tiempo.

¿Qué tenía la doctrina de la cruz, predicada por doce humildes pescadores, para que delante de ella cayesen humillados la religión, la filosofía y aún los poderes políticos de la Roma imperial?

En primer lugar diremos que respondía a una necesidad universalmente sentida por la conciencia humana.

Los mejores historiadores y arqueólogos son unánimes en afirmar que en todo el mundo antiguo han hallado una idea dominante acerca de que la divinidad o divinidades, sólo pueden aplacarse por medio de sacrificios cruentos.

Una tradición egipcia hace a Moth o Tau el inventor de los sacrificios. Dice otra tradición que Osiris es el dios que instruyó a los hombres acerca de la necesidad del sacrificio. Los italianos decían haber sido instruídos acerca de los sacrificios por Jano, su primer padre. Según los babilonios, Sisutro al descargar el arca, erigió un altar y sacrificó a los dioses. Lo mismo se dice del

griego Decaulión, y del bretón Hu, quien navegó sobre el diluvio con siete compañeros y fué enfáticamente llamado el sacrificador. El chino Fohi destinó siete especies de animales para sacrificios al gran espíritu. Aunque no tenemos tradiciones escritas de los primeros pobladores de España, la presencia de numerosos dólmenes en la Península y en las Islas Baleares, parece dejar probado que no era desconocida para ellos la idea del altar y del sacrificio.

La gran pregunta que esta idea universal del sacrificio sugiere es: ¿Cómo pudo formarse tan similar y coincidente ansia religiosa en pueblos diversos y tan separados unos de otros si no responde a una necesidad profunda del alma y si la Humanidad no tiene un origen común?

Y, ¿por qué fué un sacrificio cruento, ingrato a la vista, y no otra ofrenda más adecuada para complacer al Autor de la Naturaleza la elegida por todos los hombres, si fué simple iniciativa de la imaginación humana el culto al Ser Supremo o a los supuestos dioses subalternos? Una ofrenda de frutos, como la de Caín, parece mucho más razonable.

Pero si era el plan de Dios redimir la Humanidad nada menos que por el sacrificio del Verbo, se comprende muy bien que todo el humano linaje tuviera esta idea de sacrificio desde sus mismos orígenes, procedente de la primitiva religión patriarcal, la cual dió lugar en el transcurso de los tiempos a otras religiones más degeneradas, y a la vez más complicadas en dogma y organización clerical (1).

Mas, ¿cuál es el motivo o los motivos que pueden requerir la muerte expiatoria del Calvario para redimir a la Humanidad? ¿Cómo es posible que el Creador y Legislador Supremo del Universo exija el sacrificio de un ser inocente para perdonar a los culpables?

(1) Romanos, 1, 21 y 25.

Las cuatro grandes teorías cristianas acerca de la Redención

Son diversas las teorías que se han formulado sobre el particular. La Cristiandad ha contemplado el sublime drama del Gólgota desde ángulos diferentes, pero no muy distantes uno de otro, al través de los siglos.

1.° La general idea patrística en los primeros siglos del Cristianismo, fué que la muerte de Cristo era una especie de rescate pagado a Satanás.

Este ser maligno, del cual nos habla la Biblia tantas veces, y del que Cristo mismo dió testimonio en muchas ocasiones, no tan solamente engañó a nuestros primeros padres, según la tradición bíblica, sino que continúa engañando a los hombres por medio de infinidad de agentes espirituales, los cuales sugieren en la mente humana pensamientos perversos, confundiéndose con los propios de cada uno. El hombre tiene inteligencia y conciencia para discernir lo mejor; pero muchas veces elige voluntariamente el peor camino. En tales casos, triunfa esta maligna organización espiritual, El Hijo del Hombre, el hombre prototipo de la Humanidad, en quien había encarnado el Verbo de Dios, aguantó todos los embates del enemigo, y venció. El nada tenía que pagar por sus pecados, pero se puso como substituto de los demás (2) y expió con sus sufrimientos la pena que el diablo pretendía aplicar a la raza entera.

Esta teoría parece ser verdadera en todos sus extremos, excepto en lo de conceder al enemigo derechos que no posee; pues el mismo Satanás es el primer deudor a Dios, y no es concebible que Dios hiciera padecer a su Hijo, únicamente con el fin de satisfacer sus exigencias.

2.° En el siglo XI, Anselmo encareció la idea del honor divino y la deuda de los hombres pecadores para con Dios mismo.

(2) 1.ª Pedro 3. 18.

El pecado, según esta teoría, viola la honra del Supremo Autor y Legislador del Universo. Una ofensa es tanto mayor según la dignidad de la persona a quien se infiere. No es tan grave contra un hermano como lo sería contra un padre, y si la misma palabra o acción fuese dirigida contra el Jefe del Estado, la ofensa y la pena consiguiente sería mucha mayor. El pecado es una transgresión consciente de la Ley Moral de Dios, un atentado contra el Infinito, por tanto merece castigo infinito. El hombre no puede pagar esta deuda al honor de Dios, porque está en bancarrota por el pecado. Aun cuando lograse dominar del todo su naturaleza pecadora, la santidad absoluta no es más que el cumplimiento de su deber moral. No le sobra mérito alguno que aplicar a sus pecados pasados (3). Cristo, con su muerte propiciatoria, pagó la deuda. Siendo divino, podía pagar una deuda infinita, pues el valor de su sacrificio voluntario es imponderable. Esto permite a Dios perdonar a los pecadores aplicando los méritos de tan inmenso sacrificio en favor de aquellos que se arrepienten (4).

Esta teoría supera a la anterior, porque tiene un aspecto muy interesante de la insondable filosofía del sacrificio del Hijo de Dios; pero se la considera hoy día como deficiente por estar elaborada en términos abstractos de justicia, satisfacción y mérito y no menciona la parte que se refiere a las relaciones personales entre Dios y el hombre y los efectos de la obra de Cristo sobre la conciencia de los hombres, las cuales tienen también su importancia, por no decir que son indispensables, para que Dios pueda perdonar (5).

3.° Hugo Grotius, en la primera parte del siglo XVII, propuso lo que se conoce como teoría gubernamental de la propiciación. Según ésta, el gobierno de Dios, más que la idea de honor o justicia, es esencial. El perdonar a los pecadores sin mostrar la atrocidad del pecado y la

(3) Lucas 17, 10.
(4) Romanos 5, 6-8.
(5) 2.ª Corintios 5, 17; y Santiago 2, 17-26.

majestad de la ley violada, pondría en peligro el gobierno moral. La muerte de Cristo fué la exhibición hecha por Dios de su propia alta estimación de la ley y de su condenación del pecado. Cristo no sufrió la pena del pecado del hombre en un sentido cuantitativo, sino que demostró la grandeza del pecado y la condenación de que Dios le hace objeto (6). Aceptar esta verdad en la conciencia suele ayudar, además, a los hombres a condenar su propio pecado y favorece el acercamiento a Dios y la vida nueva (7).

Esta teoría defiende también un aspecto importante, pero no único de la sublime filosofía de la Redención.

4.° Faustus Socinus enseñó una teoría que ha sido considerada por católicos y protestantes como racionalista, por presentar un aspecto secundario de la muerte de Cristo como si fuese esencial. Supuso que la muerte de Cristo fué la de un mártir; el más grande de los mártires a causa de lo voluntario de su sacrificio y su posibilidad de evitarlo. La lealtad a la verdad hasta la muerte impulsa a los hombres a sostener luchas morales y a obtener la victoria. Dios no necesita propiciación, sino arrepentimiento de parte de los hombres para poder perdonarles, y la muerte ejemplar de Jesucristo es un gran motivo para provocar tal arrepentimiento a quienes atentamente la consideran. Los modernos predicadores, que han desarrollado y aplicado la idea de Socinus, añaden que el sacrificio de Cristo fué la expresión del amor y la simpatía de Dios por los hombres pecadores. La encarnación unió a Cristo con la raza pecadora, y su muerte fué el resultado de sus esfuerzos bondadosos para salvarla. Nunca ha habido obstáculo para obtener el perdón por parte de Dios. El único obstáculo es el que ponen los hombres por su incredulidad o su obstinación. El efecto de la muerte de Cristo consiste en mover a los hombres al arrepentimiento y a una obediencia amorosa (8).

(6) Romanos 8, 3.
(7) Romanos 8, 4 y 5; y cap. 6, 1.
(8) 2.ª Corintios 5, 14 y 15.

Ninguna de las referidas teorías deja de contener alguna, o muchas verdades, confirmadas por las Sagradas Escrituras, como puede observarse estudiando las citas enumeradas en las respectivas notas. Su conjunto nos presenta una visión bastante completa del por qué fué llevado a cabo el sacrificio del Calvario.

Lo más importante, sin embargo, para cada hombre, no es teorizar, sino aceptar el amor de Dios hecho manifiesto en la muerte de Jesucristo a fin de entrar de este modo en una nueva relación filial, con su Padre y Creador en una vida de gratitud y obediencia. Tendremos ocasión de exponer esta verdad evangélica en el comentario del artículo que se refiere al perdón de los pecados.

Realidad de la muerte de Cristo

La frase «descendió a los Infiernos» es aceptada por católicos y evangélicos como expresiva de la realidad de la muerte de Cristo y de su participación en la experiencia de un estado de separación del alma y del cuerpo. Es opinión bastante general entre los evangélicos, que el espíritu de Jesucristo descendió a la región de los muertos, durante los días que su cuerpo estuvo en el sepulcro, para comunicar a los creyentes del Antiguo Testamento, que esperaban tal redención, su posibilidad de pleno acceso a Dios. Según una interpretación literal de 1ª Pedro 3:19, «predicó a los espíritus desobedientes». ¿En qué forma y por qué motivo se dirigiera a estos últimos? No podemos precisarlo. Es un secreto que Dios ha reservado, debiendo nosotros abstenernos de toda especulación sobre el particular.

VI

LA RESURRECCION DE CRISTO

> ... al tercer día resucitó de entre los muertos...

La resurrección de Cristo es el fundamento de la fe cristiana. En este hecho es donde descansan nuestras esperanzas y la seguridad de nuestra salvación. Es el sello divino puesto sobre la obra expiatoria del Calvario. Ninguna seguridad tendríamos de que el sacrificio allí efectuado era la genuina obra de redención aceptada por Dios para nuestro rescate, si Cristo hubiese permanecido en la tumba como los demás hombres. Levantándose El, se levanta nuestra fe.

Fué el fundamento de la fe en los primeros siglos

Sin él no se explica la rápida expansión del Cristianismo. La influencia moral del Cristo habría sido pronto olvidada, y aun sus más patentes milagros atribuídos a superchería o encantamiento por sus fanáticos contemporáneos, si el glorioso e incontestable hecho de la resurrección no hubiese venido como radiante aurora a iluminar toda su vida anterior y a demostrar con claridad meridiana que Aquel que había andado haciendo bienes y obrando maravillas, no era otro que el «Hijo de Dios con potencia, que fué entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación».

Otras doctrinas más difíciles de dilucidar o de probar fueron objeto de viva discusión entre las diversas

sectas cristianas de los primeros siglos. En qué sentido fué Jesucristo hijo de Dios; si fué ángel u hombre; engendrado o eterno; consubstancial o no consubstancial al Padre; éstas y otras discusiones absorbieron la atención durante los primeros siglos del Cristianismo en acalorados concilios ecuménicos. Pero nadie se atrevió a discutir el hecho histórico de la resurrección; ni siquiera los que en días apostólicos ponían en duda la posibilidad de la resurrección general, a los cuales tuvo que salir al paso el apóstol San Pablo con el hecho notorio y bien probado de la resurrección de Cristo.

La predicación apostólica y postapostólica se ocupaba de éste más que de cualquier otro asunto de la doctrina cristiana. En ninguno de los sermones predicados por los apóstoles deja de mencionarse la resurrección del Señor. Sus corazones y sus labios vibraban del entusiasmo que les había causado el glorioso suceso. «Los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús con grande esfuerzo», declara el libro de los Hechos de los Apóstoles en su cap. 4:43.—«¿Qué quiere decir este palabrero?» —exclamaban los curiosos en la plaza pública de Atenas escuchando a San Pablo.— «Parece que es predicador de nuevos dioses» —responden otros circunstantes y añade el cronista: —«Por que les predicaba a Jesús y la resurrección». La institución del domingo como «Día del Señor», fielmente reconocido desde el primer siglo, demuestra la importancia que daban los primitivos cristianos al glorioso suceso ocurrido el «primer día de la semana» (1).

(1) La epístola de Barnabás, documento de gran valor histórico, del primer siglo, o principios del segundo, dice: «Nosotros celebramos con júbilo el octavo día, en el cual Jesús resucitó de entre los muertos».

Justino Mártir, en su primera *Apología* presentada a Antonino el Piadoso en época tan próxima a dicho acontecimiento como el año 138, dice: «El día del sol es el día en el cual todos nos juntamos porque es el primer día... y Jesús nuestro Señor en el mismo día se levantó de entre los muertos.

Clemente de Alejandría, en el año 220 dice: «El (cristiano) celebra el domingo cuando se aparta de todo mal pensamiento, glorificando en sí mismo la resurrección del Señor».

Se ha dicho con razón que si el hecho histórico de la resurrección de Cristo no tuviera un carácter sobrenatural, sería considerado por todos sus impugnadores como uno de los acontecimientos mejor probados que registra la historia de la Humanidad. Ningún crítico se atrevería a discutirlo, pues tanto las narraciones que de él tenemos, como los acontecimientos a que dió lugar, nos ofrecen del mismo una evidencia incontestable.

Hipótesis insostenibles

1.° Teoría de alucinación.—Han pretendido algunos escépticos que los discípulos afectados por la súbita separación de su Maestro y deseando verle resucitado, pudieron ser víctimas de una ilusión mental que ellos tomaron por realidad; pero las circunstancias que acompañaron el hecho en ninguna manera se prestan para semejante conjetura: 1.° Los discípulos no esperaban ver a Jesús resucitado, y la incredulidad que manifestaron ante el suceso no favorece esta explicación. 2.° Las apariciones de Cristo tuvieron lugar, no una vez, sino varias, entre diferentes personas, las cuales habrían tenido que volverse locas todas al mismo tiempo, pues afirmaban que le habían visto y comido con El, y aun repitieron las palabras que les había dicho. Un desequilibrio mental es muy posible en un solo testigo, pero no en once y menos en quinientos testigos juntos. La aparición de Jesús a Saulo ¿fué también una ilusión del perseguidor? ¡Benditas ilusiones que tales efectos producen!

3.° Además, si de ilusión se hubiese tratado, los sacerdotes se habrían cuidado bien de desvanecerla presentando el cuerpo de Jesús. Este era un argumento mu-

En las Constituciones Apostólicas, del año 250, leemos: «En el día de la resurrección del Señor, que es el domingo, nos reunimos más diligentemente para dirigir alabanzas a Dios, quien hizo el universo por Jesús y le envió a nosotros, y en otro párrafo dice: «El día de la resurrección, que es el domingo, juntaos sin falta, dando gracias a Dios».

cho más eficaz para vencer al naciente Cristianismo, que los azotes y cárceles. ¿Por qué no lo usaron? El Sanhedrín ¿qué empeño no tendría en poder desmentir la resurrección? Pide a Pilatos que ponga guardia en el sepulcro, que selle la piedra que lo cerraba; y Pilatos en señal de deferencia les permite que sean ellos mismos los que pongan la guardia. ¿Qué no harían los pontífices para buscar el cuerpo del Crucificado? ¿Qué no haría Pilatos cuya sentencia era declarada injustísima, cuyo sello había sido quebrantado y cuya autoridad quedaba por el suelo? Y, sin embargo, el sepulcro estaba vacío. El cadáver de Jesús no se halló por ninguna parte.

2.° Teoría del robo.—Otros, interesados en negar la resurrección han dicho que, los discípulos robaron el cuerpo para tramar la farsa de la resurrección.

Pero esta hipótesis, además de la dificultad material de su realización (a causa de la guardia romana, que ningún pescador galileo, por atrevido que fuese, se habría aventurado a desafiar) tiene una dificultad insuperable de carácter moral: Los primeros discípulos, ¿se habrían sacrificado por una mentira forjada sobre un cuerpo muerto? ¿Ninguno había sido infiel ante el suplicio para descubrirla? El heroísmo por una fe sincera, sea de la clase que fuere, se comprende; pero el sacrificio de todas las comodidades materiales y aun de la propia vida, por el solo empeño de sostener una mentira conocida, es un caso sin precedentes y un absurdo inimaginable para toda mente sensata.

3.° Teoría de la reanimación.—Otros, por fin, han pretendido decir que Jesús no murió en la cruz y que sus amigos lograron reanimarle. A esto podemos responder: Primero, que sus enemigos tomarían las medidas necesarias, como las tomaron en efecto, para que esto no sucediera, y, además, que los amigos que le habrían ayudado y cuidado hubieran sabido muy bien cómo le habían hecho volver en sí, y que no era resurrección lo que se había verificado, sino reanimación de un desmayo, y

jamás habrían estado dispuestos a los sacrificios que les impuso la predicación del Cristo resucitado.

Es muy de presumir que tal resurrección aparente, aun cuando de momento hubiese llenado de alborozo el círculo de los discípulos, estaba destinada a terminar con un fracaso rotundo. Ninguno de sus discípulos habría estado dispuesto a dar la vida por un Cristo extenuado que necesitó de sus auxilios para volver a su natural vigor. Aquella visión de dolor y de flaqueza de un Cristo postrado sobre un lecho, habría constituído una pobre ayuda para su fe. Sólo la visión del «Hijo de Dios con potencia» podía llenar de un heroísmo hasta la muerte el corazón atribulado de los desalentados apóstoles.

Es interesante notar la eficacia que tuvo el testimonio apostólico acerca de la resurrección de Jesucristo cuando en pocas semanas se convirtieron unas 10.000 personas en Jerusalén.. El Sanhedrín judío se veía impotente para detener el movimiento. La figura más alta de este supremo Tribunal, según Josefo, el mismo Gamaliel, estaba en duda de si sería cosa de Dios o de los hombres. «No seamos tal vez hallados resistiendo a Dios» dice en Hechos 5:39.

De este modo se dió lugar al triunfo definitivo del Cristianismo, no solamente en Judea, sino en todo el mundo antiguo. ¿Pudo ocurrir todo ello sin basarse en una realidad objetiva?

Por esto las iglesias evangélicas que suelen ser muy cautas en la aceptación de milagros y someten al severo crisol de la crítica y del libre examen todo lo que tiene carácter sobrenatural, proclaman unánimemente el hecho histórico de la resurrección de Cristo.

No ha faltado, por supuesto, entre el incontable número de predicadores y teólogos protestantes, algún amante de la novedad, según el cual la resurrección de Jesús tuvo un carácter meramente espiritual. Aunque ello no es negar la supervivencia de Cristo, ni su realidad y su poder presente, que es siempre lo más esencial, el intento

no ha tenido mucho éxito por la manifiesta contradicción en que se halla con los textos del Nuevo Testamento que todos los cristianos aceptamos como base de nuestra fe.

Nos gloriamos, por tanto, en decir: «Creo en la resurrección de Cristo».

VII

EL CRISTO GLORIFICADO

> ... Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso...

«Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra». (Mat. 28:18) es una afirmación extraordinaria que de ningún modo puede pronunciar un hombre, sin embargo, quien dijo estas palabras había vivido treinta y tres años en las mismas condiciones que los demás hombres, participado de sus necesidades físicas y dado pruebas de la más perfecta humanidad.

Unanimidad de las declaraciones de Cristo

Esta declaración del Cristo resucitado, no es, empero, más extraordinaria que las recogidas por los discípulos de labios de Cristo durante su vida terrenal. Concierta perfectamente con declaraciones tales como: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre si no por Mí. Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar. Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo lo quisiere revelar», y con muchas otras frases célebres del divino Maestro, que resultan incomprensibles y presuntuosas en boca de un simple mortal.

¿No había dicho Jesucristo mismo antes de padecer y morir: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios». (Juan 20:17). No hay, pues, por qué

extrañarse de la declaración del resucitado Maestro. Como Dios se presentó antes y después de su resurrección. Su ascensión a los cielos no es sino un justo e indispensable epílogo de su vida extraordinaria.

La Ascensión ante el concepto moderno del Universo

Pero el concepto Apostólico-Niceno ¿no es demasiado mezquino a la luz de la revelación que la ciencia nos trae del Universo? ¿No expresa, además, un concepto materialista y antropomórfico de la Divinidad? ¿Qué significa estar sentado a la diestra de Dios, sino atribuir al Infinito y Omnipotente una forma corporal?

Es posible que la frase del símbolo apostólico haya contribuído a que muchos cristianos que lo repiten sin ahondar en filosofías se formen una idea harto limitada del Omnipotente; pero Cristo mismo no tenía tal concepto del Padre Celestial cuando aseguró a la mujer de Samaria que en cualquier lugar puede adorarse al Padre, porque: «Dios es espíritu y los que le adoran en espíritu y en verdad, es necesario que adoren» (Juan 4:24). Por esto debemos considerar que la expresión «Diestra de Dios» tomada del lenguaje poético de los salmos, significa simplemente el supremo lugar de honor y de gobierno del Universo.

El mismo salmista, de quien se toma la figura, la emplea también en otras muchas frases, como: «Tu diestra me sustenta». «Hay deleites en tu diestra para siempre». «Tu diestra alcanzará a los enemigos». «La planta que plantó tu diestra», sin imaginarse que Dios usa un brazo o una mano materiales para sustentarle, ni para alcanzar a los malos, ni para plantar literalmente los imponentes cedros del Líbano. Es imposible imaginarlo cuando el mismo escritor sagrado nos presenta en el salmo 139 una tan bella descripción del trascendente Espíritu divino, de quien nadie puede esconderse.

Se ha dicho que el cielo es más bien un estado que

un lugar, ya que el Reino de los cielos comprende el universo entero. Es muy significativa, a este propósito, la frase «cielos» en plural, la cual concuerda con las afirmaciones apostólicas de que Jesús «penetró los cielos» (Hebreos 4:14) y que «subió sobre todos los cielos». (Efesios 4-10).

Sin embargo, si tenemos que creer en la objetividad del universo y en la corporal resurrección de Cristo, no deja de haber alguna realidad en la frase: «Subió a los cielos». ¿A qué cielos subió? No importa mucho saberlo puesto que Dios y su reino pueden estar en todas partes.

Podemos presumir, sin embargo, que si nuestro cuerpo tiene un centro donde parece concentrarse y manifestarse lo más excelente que hay en nosotros, el pensamiento, la idea, aparentemente localizados en el cerebro, y si en toda sociedad, industria o nación organizados por el pensamiento de los hombres (reflejo de la idea divina) suele existir un gobierno, un centro directivo, nada de extraño tiene que el universo posea, asimismo, su centro físico y metafísico, su capital, por decirlo así, la que el Nuevo Testamento llama: Ciudad de Dios, Jerusalén celestial. Jesucristo mismo se refiere de un modo objetivo a este lugar cuando dice en su oración postrera: «Padre, aquéllos que me has dado, quiero que donde yo estoy ellos estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo» (Juan 17:24).

Ausente y presente a la vez

Es una feliz realidad para el pueblo cristiano que aun cuando para la vista material, Cristo permanezca ausente en el Cielo hasta su Segunda Venida, por su Espíritu, está cerca, muy cerca de nosotros cuando buscamos las cosas de arriba. La Ascensión no aleja a Cristo, antes le acerca a «todos» los suyos. Pablo exclamaba: «Cristo vive en Mí» y declaraba que «si alguno está «en» Cristo

nueva criatura es» (2 Con. 5:17). Con ello concuerdan las propias palabras de Cristo en el Evangelio de San Juan: «Estad «en» Mí y yo «en» vosotros». Como el sarmiento no puede llevar fruto de sí mismo si no estuviere en la vid, así vosotros si no estuviereis en mí». (Juan 15.4). Notemos, que, en la misma ocasión cuando les notifica la necesidad de su ausencia corporal es cuando les exhorta a estar en El y a permanecer en El. ¿Cómo se explica? ¡Ah! Porque el Maestro que les habla es en su esencia divina el Cristo espiritual.

El que ya, meses antes, les había asegurado: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos, (San Mateo 18:20) podía también en el momento de su Ascensión dejarles la gloriosa promesa: «He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del siglo» (San Mateo 18:20), confirmando así esta frase de los sinópticos las místicas exhortaciones del cenáculo que sólo Juan nos recuerda. (1)

Podríamos presentar un ejemplo que nos ilustrará esta misteriosa realidad. El piloto aviador que se encuentra a muchas millas de su base combatiendo al enemigo, se siente a cada instante muy cerca de su jefe mientras pueda oír su voz y recibir sus instrucciones por radiotelefonía. Sólo cuando ha perdido la onda de su puesto de mando, o por avería de su propio aparato transmisor se halla imposibilitado para hacerse oír, se considera realmente separado de los suyos.

Lo mismo acaece en el alma cristiana. El Cristo que ascendió a los cielos se halla por su espíritu muy cerca de cada uno de nosotros. Disponer nuestro corazón para buscarlo no significa otra cosa que captar comunicación con El.

(1) A pesar de las exageradas afirmaciones de los críticos, el Cristo de los cuatro Evangelios es uno mismo. No tiene ningún atributo en Juan que no aparezca en sus otros biógrafos. No fueron ni Juan ni Pablo quienes desarrollaron la idea del Cristo espiritual. Jesucristo fué para todos sus discípulos, desde que el apóstol San Pedro descubrió y confesó su divinidad, el Hijo de Dios con potencia. Lo mismo en los Hechos de los Apóstoles que en las Epístolas, todos hablan de Él como ausente en su cuerpo físico, pero presente espiritualmente en la Iglesia.

La realidad objetiva de éste, al parecer, ejercicio místico de autosugestión, según pretenden ciertos escépticos, se ha visto confirmada infinidad de veces por sucesos acaecidos en respuesta a las oraciones de los cristianos que son demasiado afortunados o coincidentes para poder atribuirlos a la casualidad. Las transformaciones morales de hombres y mujeres degenerados que infinidad de veces se propusieron cambiar de vida y no lo lograron hasta que por la predicación del evangelio aprendieron a ponerse en contacto con el poder invisible del Cristo Glorificado, constituye otra prueba fehaciente de que la oración no es un mero soliloquio del alma, sino una real comunicación con el Ser Infinito, y que, como dice el salmista «el Señor está cercano a todos los que le invocan de veras».

VIII

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO Y EL JUICIO FINAL

> ... Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

En todos los siglos, los cristianos verdaderos han estado esperando el retorno de su Señor.

Quienes vivieron en el primer siglo abrigaban la firme convicción de que el feliz acontecimiento tendría lugar en sus días; pero las palabras de Cristo no daban lugar a semejante expectación cuando hablaba de su Venida en carácter general, no debiendo confundirse con las alusiones a la muerte personal de cada creyente.

Señales de su Venida

El anuncio de que debía ser predicado antes el Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todos los gentiles; que habría guerras y rumores de guerras, pero aún no sería el fin; que las conflagraciones del tiempo del fin serían de «Reino contra reino y nación contra nación», es decir, que tendrían un carácter universal, y varias otras señales que Cristo dió, más bien indicaban que transcurriría un lapso de tiempo muy largo antes de su venida gloriosa. Lo mismo indicaban las figuras y exortaciones de las parábolas acerca de la necesidad de velar por más que el «Señor» o el «esposo» tardasen mucho; pero los cristianos nunca han sabido entender sino de un modo muy incompleto, las palabras de su Maestro.

Al aproximarse el año mil, se renovó la expectación de los dos primeros siglos; pero tampoco en aquel tiempo las condiciones prescritas quedaban cumplidas. El Evangelio no había sido predicado a todos los pueblos de la tierra, ni la ciencia había dado sus mejores frutos, según la antigua profecía de Daniel; ni el fermento social de la doctrina de Cristo había leudado la masa para dar a entender a todos los hombres sus deberes para con el prójimo. Todas estas señales se han cumplido, al parecer, en nuestros días, y aún cuando nos guardaremos muy mucho de asegurar que la venida de Cristo haya de tener lugar en tal o cual época, nos parece que en ningún tiempo han vivido los hombres en circunstancias tan idénticas a las descritas en el sagrado volumen como características del tiempo del fin.

Católicos y evangélicos no diferimos teóricamente en este punto doctrinal; pero la esperanza es mucho más viva y real entre los cristianos que leen la Biblia y se interesan de un modo positivo por su fe, que entre quienes viven de ceremonias externas y de una manera casi exclusiva dejan el estudio de la religión para sus sacerdotes.

Algunos escritores protestantes han expresado su opinión de que la Venida de Cristo podría significar la extensión de su influencia moral en el mundo; pero la generalidad de las iglesias evangélicas esperan el retorno del mismo Cristo glorificado que se apareció a sus discípulos después de su gloriosa resurrección. La fe en la resurrección literal, implica fe en la posibilidad de su Segunda Venida.

El Juicio, reclamado por la razón y la conciencia universal

La idea del Juicio, más que un dogma del credo cristiano, es una demanda de la conciencia universal al considerar la multitud de actos infames que han quedado y quedan impunes en el mundo, cuando la muerte viene a

igualar a todos los hombres. Esta no puede ser considerada como castigo para el malo, ya que también la sufre el justo, no liberándose por su justicia de los males y dolencias que aquejan a la Humanidad. Ante semejante experiencia, muchos han llegado a poner en duda que la Suprema e Inteligente, Causa ordenadora del Universo, se interese por los asuntos humanos; pero el viejo salmista filosofaba de un modo mucho más lógico al decir: «Entended necios del pueblo; y vosotros fatuos ¿cuándo seréis sabios? El que plantó el oído ¿no oirá? El que formó el ojo ¿no verá? El que castiga las gentes ¿no reprenderá? ¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia? (Salmo, 94; 9). En otras palabras: ¿será el Creador menos justo que la criatura a quien dotó de sentido moral?

Sólo hay una respuesta para resolver tan delicado problema, a saber, que exista una vida para el hombre más allá de la tumba, en la cual éste sea llevado al juicio. Si esta esperanza de todos los pueblos es infundada, quedan como un enigma insoluble los conceptos de bien y de mal y el mismo fenómeno de la conciencia:

Efectivamente, si no existe fuera de mí ningún Legislador Benéfico ni hay otro juicio aparte del humano ante el cual yo tenga que dar cuenta ¿por qué ha de haber en mí un sentimiento que condena mis acciones malas, particularmente cuando resultan en mi propio provecho?

No debe confundirse la conciencia con la razón, ni siquiera con la razón educada por una ética refinada. De hecho, ¿no es esta misma ética un producto seleccionado de la conciencia universal? el fenómeno de la conciencia; no es un invento de la civilización, pues no hay pueblo ni raza que no la posea, por más que a veces se vea turbada o degenerada por enseñanzas erróneas o abyectas; aun en tales circunstancias condena el mal. La conciencia parece ser, pues, la voz de alerta del Divino Legislador «que no quiere la muerte del impío». Por ella nos dice el apóstol San Pablo que serán juzgados los paganos y salvajes, pues nadie puede acusarles de haber conculcado una ley

escrita que no conocen, sino de haber resistido la voz del Bien, dentro de ellos mismos. (Véase Romanos, 2; 15-16).

En cuanto a la forma y procedimientos del juicio, nada podemos predecir. Permítasenos solamente referir lo que leímos en un artículo científico acerca de la teoría de la permanencia de las ondas etéreas. Según dicho escritor; cada uno de nuestros actos y palabras puede originar vibraciones etéreas que se hallan camino del infinito en la insondable estratosfera, existiendo la posibilidad de que la Ciencia del futuro las encuentre y las transmita de nuevo a las generaciones que están por venir. Harto difícil nos parece la empresa, pero si esto se atreven a pensar los hombres de Ciencia ¿será anticientífico suponer que el Omnipotente Creador «en quien vivimos y nos movemos y somos» pueda sacar a luz nuestros hechos en el día señalado del Juicio?

El «Día del Juicio»

La expresión «Día del Juicio», podemos considerarla como figurada, teniendo en cuenta que los «días de la Creación» corresponden a otros tantos períodos geológicos que duraron miles de años y que «el día de la Gracia de Dios», está durando desde que el Redentor dió su vida sobre la cruz del Calvario. Queda, pues, descartada la dificultad material sugerida por algunos escritores para juzgar en un espacio de tiempo limitado a centenares de millones de seres que han vivido sobre la tierra desde el primer pecado. La objeción es realmente pueril al pensar que el Ser que se propone llevarlo a cabo es el mismo que ha puesto en marcha las constelaciones de los cielos y ha ordenado con su ciencia, cada día más admirada, las maravillas que vamos descubriendo en uno solo de los mundos producidos por su infinito poder.

El Juez más apto del Universo

El instrumento de esta depuración universal que el Infinito se propone llevar a cabo en el universo es el Hijo, el Verbo humanado y glorificado, o sea, aquel Ser glorioso que en edades pretéritas fué para los seres angélicos, como lo ha sido en este último tiempo para los humanos, la revelación visible del invisible Creador (véase Hebreos, 1 : 3 y Juan, 1 : 18).

Nadie había tan apto para desempeñar semejante oficio. Sus palabras, su vida, su llamamiento nos juzga ; nos pone ante un dilema y una responsabilidad que no podemos recusar. «La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.» (Juan, 12 : 48) es advertencia no tan solamente para los judíos que la oyeron de su boca, sino para el mundo entero.

Ningún otro podía hacerlo con más propiedad que El, ni con mayor conocimiento de causa. No podríamos encontrar juez más humano, más comprensivo, más imparcial para dar «a cada uno según sus obras», dentro de los términos que requiere la excelsa justicia de Dios, que Aquel que, siendo divino, conoce nuestra naturaleza por haberla asumido y vivido sobre la tierra. (Véase Juan, 5 : 27).

IX

EL DOGMA DE LA TRINIDAD

... creo en el Espíritu Santo.

Aparte de una pequeña secta, llamada de los «Unitarios», que desde hace muchos años ha existido, sin extenderse mucho, entre los países protestantes, todas las Iglesias evangélicas creen en la existencia del Espíritu Santo y en el dogma de la Trinidad.

Se basa esta fe :

1.° En el hecho interesante de que las más antiguas escrituras del Antiguo Testamento, en su texto hebreo, designan a Dios con el nombre plural de «Elohim» a pesar de ser la religión judía celosamente monoteísta. (Génesis, 1 y 2).

2.° En la frase también plural que el mismo texto atribuye a Dios al referir la creación del hombre : «Hagamos al hombre a nuestra imagen conforme a nuestra semejanza» (Génesis, 1 :26) (Frase que indica al propio tiempo la semejanza intelectual y moral con que el hombre, inferior en cuerpo a muchos brutos, se parece el sapientísimo Autor de la Naturaleza).

3.° En las enseñanzas de Cristo a sus discípulos acerca de una personalidad espiritual que, sin ser El mismo, ocuparía su lugar de Instructor y Consolador de sus fieles en todos los tiempos (Juan, 14 : 16 y 17).

4.° En el mandato de bautizar a los creyentes : «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», poniendo en un pie de igualdad a las tres divinas personas. (Mateo, 28 : 19).

5.° En la frecuencia con que, tanto el libro de los Hechos como las Cartas Apostólicas, hablan del Espíritu Santo, atribuyéndole las prerrogativas de Dios, pero distinguiendo su persona de la del Padre y del Hijo (1.ª Corintios, 3; 16).

6. En la frase que se encuentra en la epístola de San Juan: «Tres son los que dan testimonio en el Cielo, El Padre, El Verbo, y el Espíritu Santo, y estos tres son uno» (1.ª Juan, 5:7).

Imposibilidad de definición

Debemos declarar, sin embargo, que ningún teólogo ha conocido jamás el real significado de la expresión «Estos tres son uno». ¿Hasta qué punto es figurada? ¿Hasta qué punto es real? A veces usamos esta frase en sentido figurado, refiriéndonos a personas enteramente distintas una de otra; pero muy unidas en propósito y acción; más no parece que sea éste el sentido del texto. Ello implicaría la existencia de tres dioses, y se hallaría en contradicción con otros textos bíblicos. Otras veces la usamos refiriéndonos a tres partes constitutivas de un mismo ser o cosa. Se ha citado como ejemplo: Tres ramas que forman un solo árbol; tres elementos que integran una misma substancia; o tres manifestaciones de un mismo elemento; verbigracia: el agua, la nieve y el hielo, formando substancialmente una cosa...

Para saber en qué sentido son tres y uno, el ser espiritual Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, sería necesario conocer en su íntima esencia la naturaleza divina. Es, por tanto, un absurdo teológico discutir acerca de esta cuestión.

Se ha razonado si el hombre mismo es una trinidad compuesta de:

Ser físico (cuerpo).
Ser psíquico (mente, inteligencia)
Ser espiritual (revelado por el fenómeno de la conciencia y la aptitud religiosa). Pero ¡cuántas cosas desconocemos en nuestra propia personalidad! ¡Cuántos secretos encierra todavía nuestro cuerpo, los cuales esperamos ver revelados poco a poco por la Ciencia!

Acerca del ser psíquico, el misterio es aún más profundo. ¿Qué relación hay entre los movimientos mecánicos de nuestros sentidos y la percepción de los mismos por el «yo» consciente? ¿Cuál es la naturaleza de las fuerzas que se revelan en los fenómenos del hipnotismo, telepatía, transmisión del pensamiento, etc. ¡Misterio! ¡Insondable misterio!

No menos real e incomprensibles son los fenómenos del «yo» moral y espiritual.

Si no conocemos todavía nuestra propia naturaleza, a pesar de tratarse de seres limitados y muy al alcance de nuestra observación ¿cómo pretenderemos discutir acerca de la naturaleza del Omnipotente Creador?

El niño que oye hablar a los sabios sobre temas que no comprende hallará contradicciones que en realidad no existen Y ¿sómos todos los hombres algo más que niños al lado de la Suprema Inteligencia que se nos revela y asombra con sus maravillosas obras?

Esfuerzos dialécticos, como los de Julio Navarro Monzó para explicarse la naturaleza de Dios y el concepto de trinidad, constituirán siempre una victoria sobre el materialismo puro. El Cristianismo Evangélico, que ostenta como su blasón el libre examen, no somete a ninguna congregación del Indice a tales autores heterodoxos. Pero el cristiano evangélico intelectual, después de haber escuchado a Platón y a Plotino, a Spinoza y Averroes, a Blawasky y a Monzó, comprende que el espíritu humano jamás conseguirá desentrañar estos misterios relativos a la naturaleza de Dios, fuera de lo que Jesucristo tuvo a bien revelarnos cuando nos habló con encantadora simplicidad del Padre Celestial y del «otro Consolador». Pues como se ha dicho con mucha razón, para comprender bien a Dios, el hombre debería ser igual a Dios.

Realidad del Espíritu Santo

Mucho más importante que discurrir especulativamente sobre el Espíritu Santo es hacer la prueba experimental de su realidad sometiendo nuestro propio ser a su influencia. Esto es lo que se procura y practica entre el sector más elevado y piadoso de todas las iglesias evangélicas. Dejar entrar a Dios en nuestras vidas. Obrar bajo su influencia. Abdicar de nuestra voluntad egoísta para cumplir la del Padre de todos, poniendo en práctica día por día y hora por hora los más elevados impulsos que el Espíritu suscita en el fondo de nuestras conciencias, es el ideal cristiano. El corazón creyente que lo cumple tiene la prueba en sí mismo de que la existencia del Espíritu Santo es un hecho tan real como lo son las ondas radiotelegráficas, donde hay un receptor que pueda hacérnoslas oír. Es muy interesante el testimonio que rinden a este propósito hombres intelectuales de todos los países evangélicos sobre «la guía del Espíritu» y la eficacia de la oración.

Todo lo divino es, a causa de su misma grandeza, más que un problema de la mente, una realidad de tipo experimental. Los hombres disfrutaron durante miles de años de la luz del Sol antes que pudieran explicarse nada acerca de su naturaleza física. ¿Es extraordinario que ocurra lo mismo en lo que se refiere a lo más elevado y desconocido que hay en nosotros, que es el elemento moral?

Buscar con empeño la luz del Santo Espíritu de Dios en nuestros corazones es más eficaz y mucho más sensato que tratar de especular acerca de su naturaleza desde la pequeñísima ventana de nuestra mente, a través de la cual procuramos tan sólo vislumbrar algunas de las realidades del universo.

X

LA IGLESIA UNIVERSAL

... creo en la santa Iglesia Católica y Apostólica.

Sin duda alguna, muchos lectores católicos echarán de menos la palabra «Romana» en el artículo del credo que acabamos de transcribir; pero nótese que dicha palabra no existió en el Credo Apostólico ni antes ni después del Concilio de Nicea, ni figuró en el mismo durante muchos siglos, por lo cual algunos catecismos católicos no la incluyen. De hecho, cualquiera puede darse cuenta de que ambas palabras: Católica y Romana se excluyen mutuamente. La palabra «Católica» significa universal, y la palabra «Romana» expresa una limitación.

Según el concepto apostólico, la expresión «iglesia romana» hubiera significado simplemente el grupo de cristianos residentes en Roma; jamás una organización universal, o conjunto de todas las iglesias. La Iglesia del Credo no es, pues, la Romana. (1)

---

(1) Ciertos escritores católicos han censurado el que algunas iglesias evangélicas se designen por el nombre de algún personaje histórico, como las llamadas luteranas, calvinistas, etc. Es interesante notar que tales agrupaciones religiosas están usando cada vez más el nombre de evangélicas, sustituyéndolo o anteponiéndolo al de su tradición histórica, pues todas reconocen que, por mucho que deban a estos reformadores, es solamente Cristo su Maestro y Señor. Menos justificable que éstos y otros nombres, como el de bautista, metodista, presbiteriano, que tienen que ver con alguna características de las iglesias que llevan tales títulos, es designar con el de una población a una secta universal. A ninguna iglesia evangélica se le ha ocurrido denominarse: Londinense, Washingtoniana o Berlinense, por tener su sede o centro en alguna de

La Organización Eclesiástica cuya cabeza está en Roma, no comprende, ni mucho menos a toda la Cristiandad; no es tampoco la Iglesia universal o católica en un sentido absoluto. Si por «Católica» entendemos que se halla extendida por todos los ámbitos de la tierra, o que tiene miembros pertenecientes a todas las razas y naciones, debemos declarar que en el mismo caso se encuentra cada una de las principales ramas del Cristianismo Evangélico y ninguna de ellas pretende ser católica por este motivo.

Aplicarse una sola rama del Cristianismo el adjetivo de católica de un modo exclusivo y absoluto es notoria pretensión muy a tono con el carácter de la Iglesia conocida con este nombre, pero que de ningún modo corresponde a la realidad.

Si se alega que dicha pretensión está justificada por la sucesión tradicional de sus obispos desde tiempos apostólicos, debemos decir que en el mismo caso se encuentra la Iglesia Ortodoxa. Cuando en el siglo décimo se produjo la división del cristianismo oficial, al obispo patriarca de Constantinopla se adhirieron casi todas las iglesias fundadas por los apóstoles. Efeso, Corinto, Atenas, Filipos, Antioquía, todas aquellas comunidades cristianas mencionadas en el Nuevo Testamento, todas las que nacieron bajo el impulso directo de la madre de todas las Iglesias, la iglesia de Jerusalén, siguieron al Patriarca de Occidente. Al obispo de Roma se adhirieron iglesias en su gran mayoría de origen posterior al siglo apostólico. ¿Cómo puede llamarse, pues, la iglesia Romana, aun en el mero sentido tradicional, Iglesia Católica y Apostólica de un modo exclusivo?

---

tales poblaciones. Nos parecería empequeñecer el significado de una organización religiosa ligarla de tal modo a un lugar ceterminado de la tierra. Pero la Iglesia Romana lo ha hecho, probablemente para dar cumplimiento, sin darse cuenta de ello, a la terrible profecía de Apocalipsis 18, 18, que pesa sobre ella.

La verdadera Iglesia

Evidentemente, la Iglesia que Cristo está aún edificando, y a la que se refería cuando otorgó a S. Pedro, por haber sido el primero que reconoció su divinidad, el privilegio de abrir las puertas de los cielos a los judíos y a los gentiles, no era la Iglesia Romana, sino la Iglesia Universal, o sea, el conjunto de todos sus redimidos. Esta Iglesia no se limita a una sola denominación cristiana, ni siquiera a los fieles que viven sobre la tierra, sino al conjunto de los redimidos de todos los siglos.

Esta sociedad, por Cristo establecida, no es material y jerárquica, sino espiritual. Si hubiese sido lo primero en el pensamiento de Cristo, y aún más, si hubiese el Señor querido establecer al apóstol S. Pedro como Jefe Supremo de la misma, magnífica oportunidad tenía para declararlo cuando, poco después de hecha a S. Pedro la promesa que acabamos de mencionar, los discípulos discutían acerca de quién había de ser el mayor. ¿Por qué Cristo no puso fin a la contienda señalando a S. Pedro como Jefe Infalible? o ¿por qué no estableció en esta ocasión, o en otras, algún reglamento de orden eclesiástico por el cual debiera regularse la organización y jerarquías de la Iglesia, como lo hallamos en todos sus pormenores para designar al sacerdocio del Antiguo Testamento?

En lugar de esto, se limita a poner un niño en medio y declarar que quien quiera ser el primero entre sus discípulos sea el postrero de todos. ¿Es este el modo de establecer las pretensiones del llamado Supremo Pontífice del Cristianismo?

La lectura, tanto del Evangelio como de los Hechos y Cartas apostólicas, nos persuade de que la Iglesia verdaderamente Católica en el propósito de Cristo, no había de ser sino un conjunto de agrupaciones locales de cristianos, perfectamente autónomas entre sí, y todas dependientes, a la par que responsables de un modo directo, de su Jefe y Cabeza espiritual: Cristo.

Así lo expresa el mismo Señor al referirse a las relaciones que deben existir entre sus discípulos. Respondiendo a una pregunta del apóstol San Pedro, dice: «Si tu hermano pecare contra ti, ve, y redargúyele entre ti y él solo; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aun contigo uno o dos, para que en boca de dos o de tres testigos conste toda palabra. Y si no oyere a ellos, dilo a la Iglesia: y si no oyere a la Iglesia, tenlo por étnico...» (o sea extranjero) (San Mateo, 18; 15-17). ¿A qué Iglesia se refiere Cristo en este pasaje? ¿A una organización de carácter universal? Seguramente que no; tal sociedad no podría atender a las cuestiones personales de millones de miembros. Cristo está hablando de la iglesia local; y así lo declara a continuación: «Otra vez os digo que si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren les será hecha por mi Padre que está en los cielos; porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos». (Mat. 18-20).

¿Puede expresar Cristo de un modo más claro su pensamiento acerca de las iglesias y su propósito de estar en relación directa y personal con cada una de ellas? Como Dios, puede cumplirlo. Quien se halla por su espíritu en todas partes puede inspirar y dirigir a todos los que le invocan desde cualquier lugar.

La verdadera unidad cristiana

¿Qué este sistema ha de traer diferencias entre los diversos grupos destinados a formar la Iglesia Universal? Indudablemente; más no porque Cristo sea diverso, sino porque lo es nuestra voluntad que se le antepone. Tal diversidad, sin embargo, no puede ser muy grande entre los verdaderos cristianos que toman como norma de fe y costumbres la Palabra del común Maestro tal como nos fué transcrita por sus apóstoles. Además, son en muchos casos tales diferencias más bien un beneficio que una pérdida. ¿Dónde hay mayor diversidad que en la Naturaleza,

la obra aprobada de Dios desde el principio de la Creación? La misma Iglesia Católica, tan amante de la uniformidad y disciplina ¿No ha buscado también un poco de dicha variedad y autonomía en la constitución de sus diversas órdenes religiosas?

Cristo previó, de un modo indudable, los peligros de la libertad religiosa que él mismo vino a establecer en la presente «época de gracia»; por esto, dijo: «Que todos sean una cosa como Tú, ¡oh Padre, en Mí y yo en Ti, que también ellos sean en nosotros una cosa para que el mundo crea que tú me enviaste» (S. Juan, 17: 21). Sin embargo, nada hizo para imponer alguna forma de unidad autoritaria; ninguna orden promulgó para obligar a sus discípulos a la referida unión. ¿Por qué? Porque lo que El desea para su Iglesia es una unidad voluntaria, que jamás pueda hallarse en conflicto con la sinceridad de la fe; y el conflicto de conciencia es inevitable, cuando la religión es impuesta y no elegida por el individuo. Por otra parte, las diferencias entre cristianos nunca hubieran llegado a ser tan profundas si la diversidad de opiniones hubiera sido tratada con un espíritu fraternal y comprensivo, como el que el mismo Cristo manifestó acerca de aquel discípulo que trataba de hacer milagros y no seguía al grupo apostólico (1). No es, pues, un problema de organización el que produce las divisiones en la Iglesia, sino un problema de falta de amor.

En el período apostólico y post-apostólico, hallamos un sistema de completa autonomía eclesiástica establecido y reconocido por los apóstoles y por sus inmediatos sucesores. En las iglesias del primer siglo, había diferencias de criterio, tanto o más importantes que las que separan a las diversas denominaciones evangélicas. Se referían al comer o no manjares sacrificados a los ídolos, a la obser-

(1) Y respondióle Juan diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba demonios, el cual no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos sigue. Y Jesús dijo: No se lo prohibáis: porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre que luego pueda decir mal de Mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. (Marcos, 9; 38-40).

vancia de ciertos días festivos, etc.; pero, en lugar de establecer una norma autoritaria sobre tales asuntos, el apóstol S. Pablo se limita a decir: «El que hace caso del día hácelo para el Señor y el que no hace caso del día no lo hace para el Señor; El que come no menosprecie al que no come, etc.» (Romanos, 14:6). Ni aún en aquella ocasión en que el Sínodo Apostólico consideró necesaria la celebración de un Concilio para determinar acerca de un asunto que amenazaba las esencias mismas del Cristianismo, aquella magna asamblea osó atentar de un modo autoritario contra la libertad que el divino Señor ha concedido a las iglesias locales, pues después de enumerar las cosas que en el juicio del Concilio habían sido consideradas como necesarias para los cristianos gentiles, termina el sagrado documento con la significativa expresión: «De las cuales cosas si os guardáreis, bien haréis. Pasadlo bien» (Hechos, 7; 29). Este estilo apostólico, se parece mucho más a las recomendaciones de los concilios evangélicos, que a los decretos papales con sus excomuniones y anatemas. ¿No será porque las Iglesias Evangélicas son más cristianas y apostólicas que la Iglesia Papal?

Realmente ¿de qué sirve la coacción en materia religiosa si no es para hacer a los hombres hipócritas? Antes que obtener una unidad de muerte por medio de la intolerancia, preferimos mil veces la variedad del sistema protestante que se revela en el unánime deseo y emulación de agradar más al común Señor.

Por consiguiente, somos, verdaderos católicos los que creemos en la universalidad de la Iglesia, y sostenemos que, miembros de la tal Iglesia Católica o Universal, se hallan dentro de todas las fracciones del Cristianismo, y más abundantemente en aquéllas que más fielmente siguen las enseñanzas del Divino Redentor.

XI

LA FRATERNIDAD CRISTIANA

... creo en la comunión de los santos.

El cristianismo primitivo era un cristianismo social. Unía a los creyentes, altos y bajos, pobres y ricos, esclavos y libertos en una gran familia.

La doctrina social de Cristo así lo exige: «Todo lo que quisiéreis que los hombres hicieren con vosotros, así haced vosotros con ellos» (Mat. 7; 12). «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Juan, 13:34). «El que quiera ser el primero sea el servidor de todos; como el Hijo del Hombre que vino, no para ser servido, sino para servir» (Mat. 20: 27, 28). «Ninguno busque su propio bien, sino el de otros... pues que ninguno vive para sí» (1.ª Corintios. 10; 24).

La «comunión de los santos», y la injusticia social

Estos principios sociales, claramente expuestos en el evangelio han movido a los grandes cristianos de todos los tiempos a sacrificar su egoísmo en aras del amor al prójimo. Sin embargo, lo que debía ser regla no ha pasado de ser excepción de una minoría selecta, dentro del Cristianismo nominal. La gran mayoría de los que, llamándose cristianos, gozan de poder e influencia, no solamente viven para sí, sino que obligan a otros a trabajar en su provecho, dentro de condiciones que nada tienen de fraternales y cristianas.

El Cristianismo Evangélico se ha dado cuenta de esta anomalía, como la han notado también algunas figuras selectas del Catolicismo. Los movimientos que dieron por resultado la abolición de la esclavitud, tanto en Inglaterra como en América, fueron movimientos eminentemente evangélicos, en el cual colaboraron los mejores cristianos de la época.

Actualmente, existe un movimiento llamado de «Vida y Obra» dentro del Cristianismo Evangélico oficial como resultado de los modernos Concilios Ecuménicos, Evangélico-Ortodoxos, destinado a promover la aplicación de los principios cristianos en las relaciones de los hombres unos con otros.

Pero no confiamos tanto en los grandes organismos oficiales para obtener el cumplimiento de lo que pudiéramos llamar el aspecto humano de la doctrina de Jesús, como en la extensión de la verdadera piedad cristiana en los individuos. En la medida que los hombres, vivan cerca de Dios y comprendan mejor su voluntad, se aproximarán más a sus prójimos. Si así no ha sucedido en muchos de los que pasan por personas muy religiosas y piadosas es porque se ha confundido lastimosamente el fanatismo con la religión.

Fanatismo es la obcecación por una idea, religiosa o no. Religión es, como su etimología lo indica, una relación íntima y verdadera del alma con Dios, en el propósito sincero de conocer y cumplir su voluntad. Muchos de los hombres que más frecuentan las iglesias no tienen ninguna religión en lo íntimo. Fiando en ceremonias exteriores y mecánicas, nunca han tratado de unir, «religar», su propia alma con Dios en sinceridad de verdad. No tienen comunión con Dios en el templo de sus conciencias ¿Cómo han de tenerla con sus prójimos?

El Cristianismo Primitivo creía en la «común-unión» de los santos, y la practicó más escrupulosamente cuando era pobre que cuando llegó a ser rico y poderoso. Se cuenta que hacia el año 250 la perseguida Iglesia Cristiana de Roma, mantenía más de 1.500 pobres, destinando además, grandes cantidades al socorro de los cristianos encarcelados. Tertuliano, en su apología Cáp. 39, nos dice que todo esto se juntaba «con las limosnas que ofrecían los fieles todas las semanas o todos los meses o cuando querían; pues no hay en esto norma fija ni fuerza que les obligue a ofrecer». S. Basilio declaraba que: «Un buen cristiano no debe contentarse con trabajar para mantenerse, sino que debe contribuir a la manutención de los que no pueden trabajar». (1)

Este principio cristiano es reconocido en la sociedad moderna aún por los que no profesan Cristianismo; pero ¡cuánto le ha costado abrirse paso a través de la muralla de egoísmos en una sociedad que durante siglos se ha llamado cristiana!

Todo cristianismo sincero tiene, sin embargo, que volver al mismo terreno, si quiere ser leal a su divino Señor. En otro libro que preparamos, tendremos ocasión de examinar cómo lo han comprendido y practicado los grandes cristianos evangélicos comúnmente llamados «bienhechores de la humanidad».

La Iglesia como familia cristiana universal

La Iglesia Católica entiende por «Comunión de los santos» la unión entre los fieles difuntos y los vivos.

También los evangélicos creemos en esta comunión al sostener la realidad de la supervivencia del alma («para Dios todos viven», afirmaba Jesucristo) y la final unión de todos los fieles en una gran familia celestial, de la cual Cristo es el Jefe y la Cabeza.

«Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo», afirmaba S. Juan. Si estamos unidos con El, no podemos menos que estarlo con los que tienen la misma fe y la misma esperanza. Como los miembros se hallan unidos unos a otros en el cuerpo y al servicio unos de

(1) Basilio, Reg. Sur., 42.

otros, así lo estamos en Cristo los unos a los otros, de tal modo que, según afirma S. Pablo, «ninguno vive para sí» (Romanos 14:7). Todos debemos vivir para el bien común de la sociedad humana y de un modo especial para aquéllos con los cuales nos sentimos unidos con vínculos espirituales de común fe y amor al mismo Padre y Señor que está en los cielos.

Por consiguiente, creemos, que, la doctrina del Purgatorio que no fué declarado dogma hasta el año 1439 en el Concilio de Florencia (2), y acerca de cuya existencia decía S. Agustín en el siglo V «no se menciona en las Sagradas Escrituras tal lugar». (3), es una contradicción de este hermoso artículo del Credo Niceno, porque enseña a prolongar las diferencias sociales establecidas en la vida terrena más allá de la tumba, al afirmar que las almas pueden ser aliviadas de sus sufrimientos como resultado de demandas piadosas o de sufragios ordenados por sus deudos mediante la entrega de los correspondientes estipendios. A nada de esto se refería el Credo apostólico al hablar de «la común unión de los santos».

(2) Y plenamente confirmado en el Concilio de Trento (Sess. XXV. D. B. 983).
(3) Agustín (Ang. Hypog. 1, 5. Tom. VII. Basil. 1529).

XII

PERDON DIVINO

... creo en el perdón de los pecados.

La realidad del pecado es tesis que no necesita ser demostrada. Todos sentimos que en el mundo y en nosotros mismos hay muchas cosas «que no debieran ser»; sin embargo, algunos pensadores modernos han tratado de negar el pecado llamándole simplemente error o ignorancia. Se ha llegado a poner en duda la libertad individual, y, por tanto, la responsabilidad que los hombres adquieren en virtud de sus malos hechos.

El pecado no es ignorancia ni error

Cristo mismo nos enseña que el pecado no sería atribuído a los hombres cuando estos se hallasen en un estado de ignorancia absoluta (Juan 9; 41;); pero tal estado de ignorancia sólo existe en los infelices seres privados de razón. El pecado, como dice Santiago, está en aquél que sabe hacer lo bueno y no lo hace (Santiago 4; 17).

El error entra, ciertamente, muchas veces en nuestras malas acciones, pero el error no es pecaminoso cuando no va acompañado de intención perversa, o cuando menos egoísta. El error y el pecado tienen estrechas relaciones, pero son hechos enteramente distintos. El error tiene su asiento en la inteligencia; el pecado, en cambio, es un acto de la voluntad. Cuando Sócrates afirmaba ser el error la causa de todo mal, diciendo que los hombres suelen hacer siempre lo que consideran como un

deber, juzgaba a los demás por su pulcra, aunque no perfecta conciencia. El poeta Eurípides, su contemporáneo, le contestaba en términos completamente opuestos: «Sabemos lo que es el bien, lo conocemos, pero no lo hacemos». Esta fué también la experiencia de aquel otro gran filósofo de recta conciencia que se llamó S. Pablo, y la de casi todos los hombres.

El pecado asume infinidad de formas; pero, esencialmente, es una transgresión de los grandes mandamientos en que Cristo resume la ley moral: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos» (Mateo 22-37-39). Parece que la Ley Suprema del Universo Moral es la Caridad, la consagración de cada cual al bien general. La esencia del pecado es lo contrario de esta Ley, es decir, la disposición de no vivir sino para uno mismo sin hacer caso de la voluntad de Dios, Padre común de todos los seres. El egoísmo es la fuente de todo pecado. En lugar de quedar en su puesto, en su orden, en su relación con el conjunto de los seres, el individuo se hace centro, refiriéndolo todo a sí mismo como si fuera un dios en el Universo Moral. Éste es el origen básico del pecado. Según la tradición bíblica, Satanás dijo: «Seréis como dioses» cuando incitó a nuestros primeros padres a cometer la primera desobediencia.

Partiendo de esta base, se origina una infinidad de acciones, palabras y pensamientos indignos de seres espirituales, creados a la imagen de Dios, y que se hallan dotados, sobrepujando las facultades e instintos concedidos a los seres animales, de aquel destello divino que nos equipara con los ángeles: la conciencia moral.

Yerran muchos hombres considerando como pecaminosas, únicamente las acciones de índole muy perversa, por ejemplo, el robo o el asesinato. Éstos no son sino los frutos más desarrollados de un sentir pecaminoso que existe en todos nosotros. Desde la palabra áspera que un hombre dirige injustamente a su prójimo, hasta el asesinato por alevosía, desde la mirada codiciosa hasta el robo o el adulterio, existe una gama infinita de pecados,

en uno u otro de los cuales todo hombre que juzgue imparcialmente su vida ha de sentirse transgresor, pues como dice el apóstol S. Pablo (Romanos 3; 10 y 23) «No hay justo ni aún uno... Todos pecaron y están destituídos de la gloria de Dios».

Más que un dogma teológico, es ésta una realidad terrible, innegable, que nuestra propia conciencia puede reconocer. Ningún ser humano se halla en condiciones para vivir en un mundo de santidad perfecta. Nadie posee aptitudes que le permitieran alternar con los ángeles sin que se pusieran inmediatamente de manifiesto los secretos de su corrupción moral. Se ha dicho que si Dios designara a dos ángeles de una misma categoría, uno para gobernar una ciudad, y otro para barrer las calles de la misma, ambos realizarían su deber con la misma satisfacción de ver cumplida la voluntad de su adorado Creador; pero ¿qué sucedería si fueran dos hombres los designados? El orgullo, por un lado, y la envidia, por otro, se revelarían inmediatamente, de modo inevitable, dando lugar a infinidad de pensamientos, palabras u hechos pecaminosos y punibles.

El hombre es plenamente responsable por su pecado

Se ha objetado que el hombre, no pudiendo determinar las circunstancias externas de su vida, como son su nacimiento, sus relaciones sociales ni tampoco su temperamento físico, no es libre de sus acciones; éstas se hallan determinadas por agentes externos que están fuera del gobierno de su voluntad; por tanto, no es responsable de su pecado.

Esta teoría, tan plausible al parecer, ninguno de los deterministas que en apariencia la profesan puede admitirla cuando afecta a sus bienes o a su persona. Ningún teorizante del determinismo la aplicará al ladrón que trata de robarle su cartera, o a quien intentara robarle el honor de su esposa o de su hija. ¿Por qué? Porque todos

tenemos el sentimiento de que, aun cuando las circunstancias externas son un factor digno de ser tenido en consideración para aquilatar la responsabilidad de los hechos (y Cristo mismo lo expresa en una gráfica figura, al hablar del Juicio Final (1) sabemos que no todo es determinado, sino que queda amplio margen en cada vida humana donde se mueve libremente la volutad del individuo. A esta voluntad libre apelamos cuantas veces nos dirigimos a otra parsona en ademán de consejo o de represión.

A causa de esta facultad de autodeterminación somos responsables ante un Dios perfectísimo, por nuestras vidas, tan deficientes y alejadas de la norma moral de santidad.

El tipo moral de santidad

La mayoría de los hombres saben apreciar poco la gravedad de sus pecados, hasta el punto de que apenas los advierten cuando los comparan con los pecados de sus semejantes; pero a la manera como el blanco más puro parece rojizo cuando se pone al lado de la blancura inmaculada de la nieve, o un rayo de luz solar revela partículas de polvo flotando en el aire de una habitación que juzgábamos limpísima, así la luz de la santidad de Dios pone de manifiesto cuanto hay de indeseable en nuestras almas y en nuestras vidas.

«Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto» (Mat. 5:48) tal es la frase con que Jesucristo condensa su vehemente exhortación de: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen,

(1) Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho. Mas el que no entendió e hizo cosas dignas de azotes será azotado poco; porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él; y al que encomendaron mucho, más le será pedido. (Evangelio de S. Lucas, 12; 47-48).

y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mat. 5:44). Difícil parece tal grado de perfección para seres morales de nuestro carácter; empero si no lo alcanzamos de una manera absoluta, sin falta alguna, ni grande ni pequeña, el Reino de los Cielos estará cerrado para nuestras almas. Pues, como dice Cristo en el mismo pasaje: «Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el Reino de los Cielos». (Mat. 5:20). «No todo el que me dice: Señor, Señor entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos». (Mat. 7:21). No entrará allí ninguna cosa sucia, o que hiciere abominación ni mentira, sino solamente los que están escritos en el Libro de la Vida (Apocalipsis, 21:27).

La obra redentora de Cristo, secreto del perdón

Si la santidad absoluta es norma indispensable para el alma humana, y ésta no hay quien la alcance, el único recurso para el culpable es el perdón de los pecados, de pura gracia, y sin méritos de parte del ofensor. Afortunadamente, Cristo habló claramente de tal posibilidad, del mismo modo que manifestó la necesidad de perfección.

Cristo mismo se presentó, como enviado de Dios, para «buscar y salvar lo que se había perdido». (Luc. 19:10). En varias ocasiones, le vemos ejercer la autoridad de perdonar pecados; en muchas parábolas, muestra a Dios propicio a absolver al culpable, con la misma generosidad que lo hizo el padre del hijo pródigo. Cuando, por fin, resucitado de los muertos, puede dar cuenta a sus discípulos del por qué del misterio de la cruz, lo hace en estas palabras: «Así está escrito, y así fué necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos el tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén». (Luc. 24:46, 47).

Cristo murió para hacer posible el pleno indulto que desde el principio del mundo Dios ha estado deseoso de conceder a los hombres que sinceramente se arrepienten de sus pecados y tratan de ajustar sus vidas a la voluntad del Creador.

En esta doctrina estamos de acuerdo católicos y evangélicos; pero existen diferencias esenciales en lo que se refiere a las condiciones para el perdón. El modo como puede ser obtenido y aplicado al alma. Si por la fe o por las obras; si por la unión y relación constante del alma con Dios, o por el cumplimiento de prácticas externas ordenadas por la iglesia.

Los cristianos evangélicos no podemos creer que el perdón de los pecados se obtenga por la confesión al sacerdote, pecador también como el mismo penitente, e ignorante de si el propósito de la tal confesión es hallarse mejor preparado para volver a pecar.

Tampoco admitimos que el perdón pueda ser adquirido por indulgencias pagadas con dinero.

Igualmente nos repugna atribuir la sublime virtud del perdón divino a algún acto de índole supersticioso, como es el llevar sobre si un pedazo de tela en forma de escapulario, o una reliquia, o tantas otras prácticas ridículas que debieran dejarse para religiones menos espirituales que la cristiana, entre gentes no civilizadas.

Es horrible pensar que en tiempos pasados llegó a ofrecerse la remisión completa de los pecados de toda la vida a cambio nada menos que de otro pecado mayor: El de tomar las armas para combatir (en vez de evangelizar) a los infieles o para aniquilar a los mejores cristianos de la época tildados de «herejes», o en favor de cualquier causa política patrocinada por el Papa. ¡Qué terrible engaño han sido y son tales enseñanzas para las almas inmortales!

Pero el desarrollo de estos asuntos corresponde a otro libro en preparación titulado: «¿De qué protesta el Cristianismo Evangélico?».

XIII

EL FUTURO CUERPO DE GLORIA

... creo en la resurrección de la carne...

Se ha dicho que este penúltimo artículo del Credo apostólico fué quien abrió las famosas catacumbas de Roma. Ciertamente, la fe en la resurrección de la carne fué lo que indujo a los cristianos primitivos a guardar con devota solicitud los cuerpos de sus hermanos difuntos. Sin duda hubo algo de superstición en este empeño de los primeros cristianos; ¡cómo si Dios necesitara del concurso humano para poder dotar a las almas de cuerpos glorificados! pero, ¿podemos asegurar que sea infundado o increíble este artículo de fe?

Testimonio bíblico acerca de la resurrección

Dos hechos nos impiden suponerlo: El testimonio de Cristo, que es autoridad incontrovertible, dentro del dogma cristiano, y el de su gran apóstol San Pablo.

Un apóstol que sabía y solía distinguir tan escrupulosamente entre sus propias opiniones y las revoluciones de Dios (I Corintios 7;6, 10,25 y 40), no podía engañarse ni engañarnos en un asunto que ocupa lugar tan prominente en sus epístolas. Mas decisivo aún para los cristianos es el testimonio de Cristo mismo en Mateo 22 del 24 al 32. Cierto que en estos pasajes Jesús habla de Abrahám, Isaac y Jacob como seres vivos para Dios, y pueden ser considerados tanto una apología de la su-

pervivencia del alma como de la resurrección; pero él no reprendió a los fariseos, o trató de modificar su creencia en una resurrección literal de la carne, sino que se encaró con los saduceos diciéndoles: «Erráis ignorando las Escrituras y el poder de Dios (Mateo 22-29). Temamos que no tuviera que decirnos lo mismo si tratáramos de limitar el poder de Dios en lo que se refiere a la resurrección de los muertos.

Necesidad de la resurrección

Por inexplicable que sea tal propósito de Dios y su realización, la razón humana no puede menos que considerarlo como muy acertado y necesario. En efecto, hallamos en el Universo y en nosotros mismos, dos clases de fenómenos que por su naturaleza revelan un origen y causa enteramente distintos: los fenómenos físicos y los psíquicos, los que se refieren al cuerpo y la materia, y los que tienen que ver con el insondable misterio del pensamiento y la inteligencia. La más moderna ciencia acerca del sistema nervioso y del cerebro no pueden demostrarnos que estos órganos materiales sean generadores del pensamiento y de los sentimientos morales. Tan absurdo como pensar que el complejo sistema de alambres y maquinaria de una central telefónica pueda producir un mensaje que nadie transmite, es creer que un sistema de centros nerviosos, neuronas, etc., puede ser la causa del pensamiento. Estos parecen más bien ser los instrumentos de los cuales un transmisor invisible se sirve para comunicarse con el mundo exterior.

Si células formadas de átomos de calcio, magnesio, hidrógeno, etc., se hallan agrupadas en nuestro ojo físico, formando una maravillosa cámara fotográfica, es porque alguien superior al calcio, al magnesio y al hidrógeno necesitaba un órgano capaz de captar las ondas vibratoras de la luz, y que alguien, superior y anterior a las dos, ideó las admirables condiciones que debía reunir para tal objeto el órgano de la visión. Estos dos «Alguien», el que escribimos con minúscula, y el que no nos atrevemos a escribir sino con mayúscula porque nuestra pluma tiembla de respeto ante la grandeza de su sabiduría, deben ser, son forzosamente, elementos superiores a la materia. ¿Por qué el Ser Superior a quien llamamos Dios quiso proveer a esta chispa de inteligencia que llamamos alma, de cuerpo físico sino porque le era indispensable para relacionarse con el mundo físico que le rodea?

Maravillas desconocidas que presentimos

Deben existir, ciertamente, regiones superiores del Universo, donde el espíritu puede vivir y gozar, y relacionarse con otros seres semejantes, sin llevar a cuestas un cuerpo físico que, si nos es útil para muchas cosas también ofrece muchos inconvenientes a nuestro «yo moral», particularmente cuando empieza a estropearse y a enfermar. Quizá dichas regiones están más cerca de nosotros de lo que pensamos, aun cuando su naturaleza ultrafísica las haga inaccesibles a nuestra vista e inescrutables a nuestros instrumentos destinados a captar vibraciones físicas dentro de límites muy estrechos. Como dice el sabio Betex, estamos contemplando el Universo desde una ventana estrechísima, la formada por la gama de los siete colores y las notas de la escala musical. Con todo, somos tan presuntuosos que cualquier cosa que no cae exactamente delante, o dentro de los límites de esta estrecha ventana, la llamamos imposible o irreal, aun cuando el espíritu humano adivina que hay más, mucho más de lo que son capaces de captar nuestros limitados órganos de percepción.

La Sagrada Escritura nos habla de cuerpos glorificados, o sea, órganos del espíritu, cuyas ventanas son mucho más amplias que las nuestras, y se dirigen, no a un solo lado del Universo, el lado físico, sino también al lado es-

piritual. Cuerpos que no necesitan de instrumentos auxiliares como nosotros necesitamos para captar las maravillas de la luz cuando se manifiestan más allá del rayo infrarrojo y de los ultravioleta; oídos que oyen sonidos para nosotros imperceptibles; seres que sobreponiéndose a las leyes de la gravedad que nos atan a un solo planeta, pueden lanzarse a viajar por el espacio con la misma facilidad con que nosotros nos trasladamos de un punto a otro de la tierra; cuerpos de naturaleza psíquicamente anfibia, y, por tanto, dotados de videncia y virtudes espirituales que les permiten alternar, ora con cuerpos físicos o con seres de naturaleza puramente espiritual. A estos cuerpos se refiere el Apóstol San Pablo cuando dice: «Toda carne no es la misma carne; mas una carne ciertamente es la de los hombres, y otra la de los animales, y otra la de los peces, y otra la de las aves. Y cuerpos hay celestiales y cuerpos terrestres; mas ciertamente una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres. Otra es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción; se siembra en vergüenza se levantará con gloria; se siembra en flaqueza, se levantará con potencia; se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual cuerpo. Hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual.» (1 Cor. 15:39-44).

El ser puramente espiritual que llamamos alma, y que solamente descubrimos en nosotros por sus efectos, no podría disfrutar de las maravillas que nos ofrece la naturaleza cósmica, en este mundo o en otros mundos también materiales del vasto Universo, de no hallarse en posesión de un cuerpo físico, como el nuestro, o mucho más perfeccionado que éste. Los espiritistas nos hablan constantemente de esta necesidad de los espíritus desencarnados que aspiran a volver a encarnar; pero la esperanza cristiana es infinitamente superior. En lugar de muchos otros cuerpos semejantes al que hoy poseemos,

prestados para un corto período de tiempo, con la perspectiva de volver siempre al triste ocaso de la vejez nos asegura la posesión de un nuevo cuerpo superior, definitivo, eterno, semejante al del mismo Señor resucitado, cuando Dios haya verificado en favor nuestro la maravilla de la resurrección.

Posibilidad de la resurrección

Esta doctrina no está exenta de dificultades y ha sido sin duda el mayor escándalo para el materialismo ateísta de los últimos siglos. La vieja pregunta burlona que refuta el apóstol San Pablo aduciendo el ejemplo de la naturaleza, ha sido repetida en todos los tonos. ¿Cómo puede resucitar un cuerpo destruído, convertido en polvo, arrojado al mar, devorado por fieras? ¿Cómo podrá Dios restituir la materia de cada cuerpo que, descompuesta en sus elementos habrá formado parte de infinidad de seres vivos, quizá de otros seres humanos en el transcurso de los siglos?

Pero, ¿cómo responde la Biblia a estas objecciones? «Necio, lo que tú siembras no siembras el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, acaso de trigo o de otro grano; mas Dios le da el cuerpo como quiso» (1 Cor. 15:36-37). El cuerpo vegetal está formado por otros materiales que no se hallaban en el grano pequeño, seco y feo que sepultaste en la tierra. Esos materiales estaban en la tierra, en el aire y en el agua que regó la planta. Dios los unió con su poder para formar con todo ello hojas verdes, flores de brillantes colores y fruta sabrosa. Un átomo de vida de la planta bastó para juntar estos elementos diversos en tal forma, que nos deja sobrecogidos de admiración. Por esto se ha dicho que si nunca hubiésemos visto la maravilla de la resurrección de las plantas, nos parecería tan difícil e imposible como la de la resurrección de los seres humanos.

No, Dios no necesita toda la materia de mi organismo,

que ya se ha renovado durante mi vida infinidad de veces para dar a mi espíritu un nuevo cuerpo el día de la resurrección. Puede formarlo de un átomo de mi antiguo cuerpo, o de la nada si le pluguiera.

Por otra parte, el concepto de «cuerpo espiritual» ya no nos parece tan difícil después de las nuevas revelaciones que la ciencia nos ha hecho acerca de la naturaleza de la materia. Para los materialistas de hace dos siglos, todo el Universo se hallaba formado de unos pocos elementos simples (menos de un centenar han podido clasificarse hasta el momento), organizados todos ellos por obra del azar. «Alardes de sabiduría» como dice el sabio Comas y Solá— que en el fondo no eran más que una manifestación del atraso general de las ciencias» (1), pero hoy sabemos que todos los elementos materiales se hallan formados por un algo invisble, casi inmaterial, llamado electricidad. Hablamos de iones y electrones en fantástica moción dentro de cada átomo de materia al parecer insensible e inerte... Ciertamente, los conceptos de materia y espíritu no parecen tan alejados el uno del otro, si bien media aun entre ambos un abismo insondable..., la materia es siempre materia, aun en su estado radiante; con todo, la idea de cuerpo de materiales, más sutiles que el que poseemos; «el cuerpo glorificado a que se refiere San Pablo ya no parece tan inconcebible después de saber que nuestro propio cuerpo físico no es sino un «compuesto de electricidad acumulada»...

No podemos explicarnos cómo procederá Dios para dar a este maravilloso cuerpo glorificado las características reveladas por las Sagradas Escrituras. Pero, ¿es qué hubiéramos podido imaginarnos las maravillas que encierra uno de nuestros pobres «cuerpos de barro» si jamás hubiésemos visto ni estudiado su estructura? Y ¡cuántas maravillas nos quedan todavía por descubrir!...

(1) «Ciencia y Realidad». Artículo aparecido en «La Vanguardia» de Barcelona, en octubre de 1933.

Los cristianos evangélicos creemos, pues, en la resurrección de la carne como uno de los propósitos inescrutables de Dios que ha sido objeto de una revelación. El epitafio que se lee sobre el Monumento al Soldado Desconocido, en Londres, expresa la gloriosa esperanza de millones de cristianos evangélicos, que, refractarios a muchas supersticiones religiosas carentes de base, creen sin embargo, con fe sincera en este maravilloso artículo del Credo cristiano. (1)

Sabios e ignorantes, potentados y gente del pueblo, en estas grandes naciones evangélicas, cierran los ojos de sus amados, y se disponen a cerrar los suyos propios confiando que su espíritu ha de hallarse inmediatamente después de su muerte en la presencia de Cristo, «lo cual es mucho mejor» Filipenses 1:23; y que han de despertar de nuevo a las realidades de un mundo y de un Universo físico, que de todos modos nos resulta querido, al recibir un nuevo y glorioso cuerpo «en la mañana de la resurrección».

(1) «Aquí reposan los restos del soldado que murió luchando por su Patria, desconocido de los hombres pero conocido por Dios, esperando el día de la resurrección.»

XIV

EL ESTADO ETERNO

... creo en la vida perdurable.

Esta es la apoteósica esperanza de toda fe cristiana. Es evidente que si somos seres espirituales y no simples compuestos de materia, podemos aspirar a una vida sin fin. La misma esperanza de una vida de ultratumba, que hallamos en la raza humana desde los tiempos remotos de la edad de piedra, parece ser una promesa de semejante vida. El Divino Creador no hubiese querido burlarse tan cruelmente de sus más elevadas criaturas, dotándonos de una mente capaz de forjarse un concepto que fuera sólo ilusión.

Cristo afirmó rotundamente la existencia de una vida después de la muerte, declarando que ésta es eterna, y que El había venido precisamente para darnos el privilegio de semejante vida». Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquél que en El cree, no se pierda, más tenga vida eterna (Juan 3-16).

«Vida eterna» no es mera existencia, sino aptitud para la vida superior

El sentido exacto de esta expresión: «vida eterna», nos lo aclara en otro lugar al decir: «De cierto de cierto os digo, el que oye mi palabra y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más pasó de muerte a vida. (S. Juan 5-24)». Vida eterna

no significa mera existencia del yo consciente, por la eternidad, sino una existencia feliz, exenta de condenación. Una existencia desgraciada, lejos de Dios, en las tinieblas de afuera, suele llamarse «muerte», como opuesta al concepto de vida eterna. El hijo pródigo, lejos de la casa paterna, estaba «muerto» para su padre. «Este mi hijo muerto era y ha revivido; habíase perdido y es hallado» (Luc. 15:32), exclama éste a su regreso. Así son los hijos de Dios, desobedientes a su ley, muertos espiritualmente para su Creador.

El estado de vida y de muerte para con Dios no se establecerá en algún juicio futuro, sino que lo es ahora, en este tiempo de prueba al cual estamos todos sometidos. El juicio final no hará sino fijar de un modo definitivo el estado de cada alma. A los moralmente «vivos», reconciliados con su Hacedor y aptos para una vida de obediencia y santidad: la vida eterna. A los «muertos en delitos y pecados», desobedientes, rebeldes e ingratos; la «eterna perdición», en las tinieblas de afuera, donde será el lloro y el crujir de dientes. (S. Mateo 8-12).

Nuestra obligación como creyentes es, no solamente decir: «Creo en la vida eterna» sino preguntarnos: ¿poseo yo esta vida eterna de la cual se habla con tanto énfasis en los evangelios? ¿Soy sujeto apto, preparado para esta gloriosa vida? El apóstol San Pablo nos exhorta a «dar gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz (Colosenses 1:12). A procurarla por todos los medios, y no descansar hasta poseerla. Mucho más cuanto que la Sagrada Escritura nos lo presenta, no como algo de logro muy difícil, sino como algo bien posible y bien fácil, por la fe en Aquel que hizo la parte más difícil, cargando sobre sí nuestro pecado, y que nos ofrece la presente ayuda de su Santa Espíritu para vivir la vida de regenerados hijos de Dios.

La importancia del tal beneficio nunca podrá ser ponderada con exceso. La idea de Eternidad es algo que sobrepuja nuestra inteligencia, sin embargo, nada hay tan real. Así como el concepto de espacio nos abisma

al infinito, pues no podemos imaginárnoslo de otra manera, el concepto de tiempo nos trae el de Eternidad. Algo debe ser eterno, y algo continuará existiendo aun cuando nosotros pasásemos como un meteoro fugaz, en el mundo del ser. Pero no, nuestra conciencia, de acuerdo con la revelación de Dios, nos asegura que una existencia eterna es nuestro real patrimonio, como hijos de Dios que somos. Nuestra alma no se contenta con menos aquí, ¡cuanto menos allí!

Felicidad eterna es la única felicidad

Un cielo que durase algunos millares o aún millones de años no podría satisfacer las aspiraciones de un alma espiritual como la nuestra, capaz de concebir lo eterno. Toda felicidad que tuviese un fin nos parecería corta y vana, cuando este fin se aproximara, y el desasosiego se renovara lo mismo que en esta vida efímera; aún con mucha mayor intensidad, por haber experimentado los beneficios de una vida superior.

Afortunadamente, «la vida perdurable» que Cristo ofrece al verdadero cristiano, después de la aparente muerte o disolución del cuerpo, es eterna y real. No se trata de una supuesta reintegración del «yo» personal en la infinita Esencia Divina, como dicen los budistas y teósofos. No sabemos ver la diferencia que habría entre tal esperanza de vida y la anulación de la existencia. No será tampoco aquella felicidad suprema un «dejar de desear», sino el cumplimiento perfecto de los más puros y elevados deseos. Vivir, ser, existir realmente en la casa del Padre, en la nueva Jerusalén, capital del Universo, contemplando la gloria del Hijo de Dios (S. Juan 17-24) y teniendo acceso a todas las maravillas de sabiduría y belleza a que ha dado lugar en la infinidad de mundos que pueblan el universo el poder infinito del Padre Celestial...

El concepto evangélico apenas difiere del católico en

este artículo de fe, solamente que entre los evangélicos se encuentra purificado de los pueriles resabios de imaginación supersticiosa con que trataban de adornar o ensombrecer las ideas de gloria y de infierno los frailes y teólogos medievales.

«*Echa mano de la Vida Eterna*»

La vida venidera es un profundo misterio, fuera de los escasos pormenores que tuvo a bien revelarnos el Unico que «descendió del cielo» (S. Juan 3-13). Pero es un misterio tan inmediato a cada uno de nosotros, dado lo incierto de nuestra vida, que vivir descuidados acerca del mismo, sería imperdonable imprudencia.

Por lo demás, el mero pensamiento de que se trata de «vida perdurable» eterna, sin fin, justifica toda ansia para asegurarlo. «Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna» exhortaba el apóstol San Pablo al jóven Timoteo.

Por esto el cristiano evangélico que encuentra en los inspirados escritos del Nuevo Testamento promesas de carácter decisivo e indubitable acerca de un problema de tal trascendencia, si cree y sigue fielmente las enseñanzas de Cristo, no para mientes en las dificultades, por grandes que sean para poner su vida religiosa de acuerdo con la voluntad de su Señor.

Este es el secreto y la razón de ser del Cristianismo Evangélico, que, como hemos visto, no se aparta en nada de la fe del Credo apostólico.

Por esto, y solamente por esto, dejaron un día de ser católico-romanos muchos millares de cristianos evangélicos que existen en los países íbero-americanos. Por ello tratamos de «contender eficazmente» según nos exhorta el apóstol «por la fe una vez dada a los santos». En esta pelea por la pureza del Evangelio han contendido eficazmente «epagonizontes», hasta agonizar, hasta dar su vida en los tormentos y hogueras, millones de hermanos

nuestros de todos los siglos. La fe pura, la fe auténtica, la fe cristiana original no se merece menos de los que han tenido la dicha de descubrirla, aceptarla y disfrutarla cual se nos presenta en las sagradas páginas del Evangelio. Los sacrificios que requiere hoy día el aceptar y profesar lealmente el puro Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, apenas significan nada en comparación de lo que costó a otros hermanos nuestros injustamente llamados «herejes» en tiempos pasados y en otros aún bastante recientes.

Vale la pena tomar en serio la religión; ser sinceros en cuanto a ella, cueste lo que cueste. ¿Se puede hacer otra cosa en vista de la eternidad a la que nos acercamos vertiginosamente?

Como el gran apóstol de las gentes, y siguiendo las huellas de innumerables testigos de Dios en todos los siglos, nos honramos en declarar que: «nada podemos en contra de la verdad, pero todo lo podemos por la verdad».

Los lectores que deseen recibir información acerca de la Iglesia Evangélica más próxima a su residencia, pueden dirigirse, en América, a la Casa editora: Junta Bautista de Publicaciones, General Urquizu, 186, Buenos Aires, y en España al autor, D. Samuel Vila, Templo Evangélico, Tarrasa, Barcelona.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
Introducción	13
I. — La existencia de Dios	21
II. — La divinidad de Cristo	26
III. — Nacimiento sobrenatural de Cristo	35
IV. — Realidad histórica de Cristo	39
V. — La muerte redentora de Cristo	43
VI. — La Resurrección de Cristo	49
VII. — El Cristo glorificado	55
VIII. — La segunda Venida de Cristo y el Juicio Final	60
IX. — El dogma de la Trinidad	65
X. — La Iglesia universal	69
XI. — La fraternidad cristiana	75
XII. — Perdón divino	79
XIII. — El futuro cuerpo de gloria	85
XIV. — El estado eterno	94

Obras del mismo autor

SERMONES ESCOGIDOS

Cuarenta sermones completos en estilo conciso. Más de ciento cincuenta ilustraciones indicadas en el lugar correspondiente del sermón y ampliamente referidas al final del mismo. Obra utilísima para ser puesta en manos de predicadores noveles y estudiantes de Homilética. Encuadernado en cartoné y lomo de tela: 4 pesos argentinos, o 1 dólar.

PRUEBAS TANGIBLES DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Los mejores argumentos de la Teología Natural puestos en un estilo claro, popular y moderno. La obra que millares de miembros de nuestras iglesias están deseando para poner en manos de sus compañeros ateos. Con cubierta de cartulina: 2 pesos ó 0'50 de dólar.

LA RELIGION AL ALCANCE DEL PUEBLO

Refutación a la célebre obra de Rogelio Ibarreta, corregida y aumentada por el mismo autor. En rústica, 3 pesos argentinos ó 0'75 de dólar. En tela, un dólar.

FE Y RAZON

Réplica a la obra de Sebastián Faure «Doce pruebas de la inexistencia de Dios» siguiendo los mismos capítulos y argumentos del autor. Los más profundos problemas filosóficos en un estilo al alcance de los indoctos y hasta de los niños. Un libro destinado a producir mucho bien entre los elementos obreros, desviados por las sutilezas del excepticismo y ateísmo. 1'60 pesos ó 0'40 de dólar.

EL CRISTIANISMO EVANGELICO A TRAVES DE LOS SIGLOS

Una historia completa de las protestas a que el desvío doctrinal de la Iglesia Católica ha dado lugar desde los días de San Hipólito en el SIGLO III hasta los tiempos de la Reforma, y la expansión de los grandes movimientos evangélicos hasta nuestros días. Escrita especialmente para personas ajenas a nuestra fe. 3 pesos ó 0'75 de dólar.

DE CORAZON A CORAZON

Conversaciones íntimas con miembros que se alejan de los cultos de su iglesia. Una serie de diálogos amenos y de gran interés entre un pastor y varios miembros de su iglesia, sobre temas como: Diversiones. — Dudas. — Tibieza. — Rencillas personales etc. Un sermón de Moody y varias páginas poéticas sobre el tema general del libro. Un precioso volumen de 98 páginas. 1'80 pesos.

COLECCION DE HIMNOS Y CANTOS PARA CORO

Compilados por D. S. Vila y D. P. Inglada. Contiene la música de 57 himnos y 16 piezas de coro, algunas de considerable extensión, propios para ser cantados en diversas festividades por los coros de las Iglesias Evangélicas. 128 grandes páginas, 6'50 pesos.

En preparación

MANUAL DE HOMILETICA Y HERMENEUTICA BIBLICA

Lecciones sobre la preparación de sermones y las reglas de interpretación bíblica. El arte de ordenar las ideas para componer sermones: textuales, tópicos y expositivos, con interesantes bosquejos como ejemplo de cada clasificación. (El precio se indicará oportunamente).

Todos los precios son aproximados, y sujetos a variación, por estar estos libros actualmente en prensa o próximos a ser editados.

Gratis

SEGURIDAD DE LA SALVACION

...o el secreto de los cristianos primitivos.

Este folleto y otros libritos de diversos títulos y autores pueden obtenerse «Gratis» con sólo abonar los gastos de envío, incluyendo un sello de correos de cualquier valor.

Pídanse a la Junta Bautista de Publicaciones, General Urquiza, 186 - Buenos Aires o al pastor SAMUEL VILA - Galvani, 113 - Tarrasa (Barcelona) España